

PREMIO NACIONAL 2013
AQUILEO J. ECHEVERRÍA
HISTORIA

Manuel A. Solís Avendaño

MEMORIA DESCARTADA Y SUFRIMIENTO INVISIBLE

La violencia política
de los **años 40** vista desde
el Hospital Psiquiátrico


EDITORIAL
UCR

La violencia
política
de los años 40
vista desde
el Hospital
Psiquiátrico

Manuel A. Solís
Avendaño

Memoria descartada y sufrimiento invisible

Instituto de Investigaciones Sociales


EDITORIAL
UCR
2013

303.64
S687m

Solís Avendaño, Manuel Antonio.

Memoria descartada y sufrimiento invisibilizado: la violencia política de los años 40 vista desde el Hospital Psiquiátrico / Manuel A. Solís Avendaño. – 1. ed. – San José, C.R. : Editorial UCR, 2013.

xxxv, 742 p. – (Instituto de Investigaciones Sociales)

ISBN 978-9968-46-340-9

1. VIOLENCIA POLÍTICA – INVESTIGACIONES - COSTA RICA. 2. HOSPITAL NACIONAL PSIQUIÁTRICO MANUEL ANTONIO CHAPUÍ (COSTA RICA) – CASOS - INVESTIGACIONES. 3. ENFERMEDADES MENTALES - COSTA RICA. 4. GUERRA – ASPECTOS PSICOLÓGICOS. GUERRA Y SOCIEDAD. I. Título. II. Serie.

CIP/2400
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica
Primera edición: 2013

Corrección filológica y revisión de pruebas: *María Benavides G.* • Diseño, diagramación y portada: *Priscila Coto Monge.* • Control de calidad: *Alejandra Ruiz B.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.
Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impresión bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición, junio 2013.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

C O N T E N I D O

Presentación

xvii

I PARTE

Capítulo I

El desborde trágico

3

Buscando otras palabras

9

Puntuaciones en una cartografía conocida

16

Otras dimensiones del ciclo violento

27

Otros efectos de la situación trágica

36

La tragedia y la catástrofe

43

A manera de cierre

53

II PARTE

Capítulo II

Primer acercamiento:

en los bordes de la explosión	67
-------------------------------	----

Un testimonio singular	67
Antecedentes	74
Los “excitados políticos”	74
En los bordes de una figura imprecisa	83
Primer borde	84
Segundo borde	96
Comentario sobre los bordes	110
Primer avance en el terreno intermedio	116
Puntuaciones	127

Capítulo III

En la proximidad de la violencia	141
----------------------------------	-----

Más allá del recuerdo	141
Demarcación problemática	150
Internamientos próximos a la violencia	155
Lesiones de guerra	173
Otras huellas de la violencia	183
A manera de cierre	195

Capítulo IV

Contrapuntos complementarios	203
------------------------------	-----

Otras tonalidades	203
Efectos colaterales de la confusión y el miedo	205

Otras variaciones	220
La singularidad del momento	228
A manera de cierre	235
 Capítulo V	
Marcas del orden patriarcal entre los que pelearon	243
 El horizonte caudillista y patriarcal	243
Los “más bravos” y el alcohol	257
Primera aproximación	261
Segunda aproximación	276
Tercera aproximación	282
Puntuaciones	293
 Capítulo VI	
Algo sobre los militares	305
 Una mirada detrás de los uniformes	306
Alcohol y profesión: un militar de carrera	316
El entorno familiar de un militar leal	320
El ejército como sostén	327
Los hijos del militar	333
Puntuaciones	343
 Capítulo VII	
En el ojo del huracán	356
 De nuevo la cárcel	357
Algo sobre los comunistas	365
En el lado opuesto	392

Un vencedor exitoso	393
Un vencedor perdedor	401
¿El fin de un corto período de omnipotencia total?	409
Puntuaciones	415

III PARTE

Capítulo VIII

El malestar en el entorno inmediato	427
-------------------------------------	-----

El frente interno de algunos de los beligerantes	431
El hermano de un combatiente	432
Un violento en una familia dividida por la violencia	441
Contrastes llamativos entre dos hermanos	446
La hermana de un hombre de primera línea	452
Otras posibilidades	460
El entorno familiar en dos políticos de la reforma social	460
Puntos de apoyo de la imaginación literaria	470
¿Reivindicaciones delirantes?	477
Puntuaciones	490

Capítulo IX

Detrás de la fachada	498
----------------------	-----

La casa de adobe	498
Sostenes del orden del adobe	508

Dos lados de la Junta de Protección Social de San José	517
Cuando todos viajábamos en el mismo barco	535
La información agregada	535
Las clases altas, la Junta de San José y el Psiquiátrico	545
<i>El rastro de Julio</i>	547
<i>El rastro de Armando</i>	552
<i>Digresión sobre la hipótesis de la herencia</i>	560
<i>Otros prominentes de la política</i>	566
Puntuaciones	569
 Capítulo X	
La institución desbordada	586
Primer acercamiento	587
La saturación del Chapuí	587
Presiones sobre la institución	593
Otros datos significativos	602
Las terapias de choque y otros procedimientos radicales	604
Las psicosis en la población retenida y egresada	614
Dos indicios	622
Segundo acercamiento	628
Voluntad de colaboración	628
Tensiones condicionadas por la coyuntura	635
Choques y rupturas	644
Puntuaciones	650

IV PARTE

Capítulo XI

La memoria descartada	665
-----------------------	-----

Cachaza	665
---------	-----

Efectos colaterales esparcidos en el tiempo	671
--	-----

Hacia un marco donde situar malestares	687
--	-----

Anexos	705
--------	-----

Bibliografía	715
--------------	-----

Fuentes primarias consultadas	728
-------------------------------	-----

Otras fuentes consultadas	729
---------------------------	-----

Periódicos	729
------------	-----

Índice de casos	730
-----------------	-----

Acerca del autor	733
------------------	-----



CAPÍTULO I

El desborde trágico

Una persona, cuyo abuelo murió violentamente en 1948, me facilitó el testimonio de un suceso ocurrido en julio de 1954. El escrito tiene como título *Remembranzas de catorce idealistas*, consta de treinta y cuatro páginas, y únicamente lleva el nombre de su autor, Gonzalo Fonseca Quirós.

Por los indicios, supongo que el texto fue redactado mucho después de los hechos narrados, tal vez a finales de los años noventa del siglo pasado. Su autor rememora eventos de su juventud y al igual que otras muchas personas, él también subraya su apego absoluto a una verdad empañada en los libros favorables a los vencedores.

A mediados de 1954, catorce personas dirigidas por un hombre llamado Claudio Mora Molina partieron desde el centro de Heredia hacia las llanuras de Sarapiquí. En su recorrido asaltaron un banco y se apoderaron de los bienes de un comisariato para pertrecharse. Después de un enfrentamiento y de varios altercados, lograron llegar a Nicaragua, con un muerto entre los suyos. Allí fueron enviados al Coyotepe, el fuerte

donde recibieron entrenamiento militar quienes invadirían el país en enero de 1955.

Varios hechos destacan en este testimonio. Sin mayor precisión, Fonseca dice que desde los dieciocho años estuvo en los movimientos armados contra José Figueres y por ello, un amigo le preguntó si quería *meterse en una revolución*. La respuesta afirmativa habría sido inmediata. Tres días después, Fonseca tomó contacto con Mora Molina, el responsable de la empresa, quien, como primera medida, le solicita que busque alguna gente, poca; para ello, tenía ocho días de plazo. Al cabo del tiempo acordado, Fonseca logra reunir cinco hombres, los cuales, junto a los de Mora Molina, sumaban catorce. En el curso del relato, nos enteraremos que Fonseca Quirós estaba emparentado con una de las personas reclutadas por él; entre algunas de ellas habían lazos de sangre y de vecindad.

Lo que inicialmente se anuncia como la incorporación a una revolución, se transforma en una lucha por llegar a Nicaragua. Al comienzo, Mora Molina había creado expectativas entre sus compañeros, diciéndoles que en la desembocadura del río Sarapiquí les esperaban mil quinientos hombres, quienes serían armados para tomar Puerto Limón. Dibuja algo grande. Desde el principio, Mora se impone como el jefe de este pequeño conjunto improvisado; ostenta el rango de coronel, pero poco lo diferencia de sus acompañantes. En el camino, ocurren un conjunto de sucesos que le dan al relato un tono tragicómico.

En la boca del río Sarapiquí, los supuestos revolucionarios escuchan hablar de un hombre estimado en la zona, jefe del Resguardo Fiscal. Previendo encontrarse con él, Mora Molina promete no hacerle ningún daño, agregando que él (Mora) era un hombre de palabra y siempre la cumplía. Una hora después, esta persona moría a causa de un disparo salido del arma del mismo Mora; lo mató sin saber quién era, cuando hizo un intento por desenfundar el arma. Un acto reflejo produjo esta

primera muerte, la cual se intenta reparar tomando parte del dinero robado para cubrir los gastos del traslado del cuerpo. Además, se redacta una nota dirigida al ministro de Gobernación, en la cual se afirma que había muerto como *todo un valiente*. Esta muerte deja sentimientos encontrados en el grupo de improvisados insurrectos. Después de este suceso, casi como para recordar que se trataba de una guerra, se asignan entre los catorce algunos grados militares; en su condición de coronel, Mora nombra a uno de los expedicionarios teniente y a otro sargento. Un tercero se autodenomina *capitán de infantería*, le gustó ese título y lo adoptó.

En otra escena, un grupo de personas armadas, aparentemente guardias civiles, son capturadas; uno de los catorce fantasea momentáneamente con la idea de que entre los prisioneros se encuentre quien le dio muerte a su padre en 1948, una posibilidad muy remota pero que refiere a los motivos profundos que estaban en juego. Al día siguiente, ocurre un intercambio de disparos de casi dos horas con una tropa gubernamental; en esta oportunidad, perece uno de los catorce. Cuando su cuerpo es rescatado, se descubre que fue muerto por el arma de uno de sus propios compañeros (...*lo único que puedo decir, por razones obvias amigo lector, es que fue muerto con un arma de nuestra pertenencia...*). Esa noche, los alzados empiezan a rezar el novenario por el compañero caído; entre ellos había un rezador.

Después de estas peripecias, el grupo consigue llegar a San Carlos, en Nicaragua. Mora Molina imparte la orden de que nadie se comunicara con familiares o amistades en Costa Rica, bajo amenaza de fusilamiento. Había que mantener el secreto; pero casi inmediatamente, Fonseca se las arregla para enviarle un telegrama a su familia, diciendo que estaba bien. Como única precaución, invirtió el diminutivo con el cual era conocido. Cuando es descubierto por Mora, él apela a un argumento fuerte: *la tranquilidad de mi familia está por*

encima de todo. Algo aparentemente comprensible, por lo menos cortó la amenaza de fusilamiento que pendía sobre el indisciplinado guerrero.

En Nicaragua, los improvisados alzados se darán cuenta de que la historia de los mil quinientos hombres listos para tomar Limón no pasaba de ser eso. También que habían sido engañados por Mora Molina en otro sentido: *me enteré del engaño de que fuimos objeto (...) fuimos usados por Mora Molina para proporcionarle su salida del país, pues iba a ser juzgado por los Tribunales de Justicia.* Pero tal descubrimiento queda rápidamente en un segundo plano. Al final de su escrito, Fonseca Quirós afirma que a él y a sus compañeros lo actuado *jamás les va pesar, ya que les permitió conocer a un hombre valiente en toda la extensión de la palabra.* Mora Molina murió siete meses más tarde, durante la invasión.

Este texto describe parte de las vivencias de un grupo de jóvenes que, impulsivamente, se comprometen con una “revolución” de la cual no saben mayor cosa. El grupo, constituido con rapidez, se puso en movimiento sin grandes preparativos. A los catorce no se les dice toda la verdad, son engañados y utilizados; quien narra habla simplemente de un acto teñido de deseos de revancha y odios. La acción parece ser apoyada por su propia madre, cual si fuese un asunto de familia; al partir ella le dice: *cuidado me entero de que lo mataron por cobarde.* El tema de la familia reaparece al final del relato, al desobedecer el narrador la orden de silencio para comunicarse con los suyos.

Antes, se menciona que la madre de uno de estos hombres pagó después, con sus propios recursos, el dinero robado por su hijo y sus acompañantes del banco en Sarapiquí, como si se tratase de un asunto personal-familiar. Todo parece ser un juego, pero es en serio. Varias personas pierden la vida y otras más la perderán unos meses después, en enero de 1955. Llamativamente, nadie en este relato menciona la reforma social ni las elecciones de 1948; tampoco las medidas tomadas por

José Figueres y la Junta de Gobierno, o lo sucedido después. Un tanto marginalmente aparece la observación de que Mora Molina iría a prisión por orden de los tribunales.

¿Cómo calza todo esto con la imagen que tenemos de lo ocurrido en los años cuarenta? Evidentemente, estamos ante un lado menos atendido de lo sucedido. Con frecuencia, cuando se habla del 48 nos referimos a los grandes proyectos, a las medidas visionarias, la lucidez de los caudillos y las repercusiones positivas de sus decisiones en el futuro del país. Actos y desgracias como las mencionadas en el escrito de Fonseca Quirós, y en muchos otros textos parecidos, son secundarios respecto a la versión noble de los sucesos. Nos encontramos ante dos planos no integrados.

Se ha dicho que los años cuarenta fueron el taller en el cual se trenzaron las fibras del tejido social costarricense de la segunda mitad del siglo XX; esta metáfora contiene dos posibilidades: si nos damos por satisfechos con ella no queda mucho más que agregar; lo fundamental estaría dicho; de lo contrario, puede ser una invitación a repensar lo que sabemos.

De seguir el segundo camino, encontramos que todavía nos falta mucho por conocer sobre la naturaleza de los hilos que sostenían la malla desgarrada en 1948, y persisten importantes interrogantes sobre los tejedores del nuevo lienzo social. Hay algo paradójico. Enemistados entre sí, unos y otros alteraron la trama social precedente buscando remendar sus zonas desgastadas o agujereadas. Nadie se propuso sustituirla por otra radicalmente distinta, pero al intentar repararla la destejieron. Los tejedores emplearon la fuerza para vencer los obstáculos que se les interponían. Por ello, el nuevo paño social quedó manchado con los colores de la sangre y el sufrimiento.

La imagen positiva de los tejedores da cuenta de la clave con la cual los principales actores de entonces explicarán retroactivamente sus actos; unos y otros querrán luego presentarse

como constructores y creadores. Dentro de ciertos límites aquí hay algo de verdad. Sin embargo, lo que en un registro se pueden presentar como proyectos políticos complementarios, los cuales enhebraron las instituciones y las reglas de juego del siguiente medio siglo, a otro nivel, paralelo, queda como dolor sentido en carne propia o presenciado en cuerpos ajenos. Tales dolores han dejado huellas, como lo ilustra, entre otros, el testimonio de Fonseca Quirós. Su relato tiene una función pedagógica: pretende aleccionar a los jóvenes para evitar la repetición de aquello.

A principios del nuevo milenio, el fondo acumulado de textos escritos parecidos sobrepasaba el medio centenar de publicaciones, y continuaba creciendo. Algo motivaba para seguir escribiendo sobre aquellos años y hacía que esos esfuerzos siguieran encontrando un público. En varios de los testimonios encontramos la alusión a unas “fibras nerviosas vivas” que todavía ligan el presente con el pasado; buena parte del interés persistente por los años cuarenta vendría supuestamente de esas fibras que conservan sensibilidad. Igualmente, se podría hablar también de la permanencia de una curiosidad relacionada con aquello que no termina de tener un lugar claro dentro de las cuadrículas cognitivas y emocionales con las cuales procesamos nuestra historia, y *nuestras* historias.

Confrontada con los escritos de quienes no fueron protagonistas de primera fila, la metáfora de los tejedores creativos pero descoordinados resulta desbordada desde distintos lados. En textos como los de Fonseca, otras cosas son más importantes; en vez del acto lúcido, valeroso o cargado de buenas intenciones, surgen imágenes de confusión, violencia, venganza y engaño. Desde algunos de estos relatos testimoniales se perfila un cuadro más complejo y matizado; desde ellos, las palabras tradicionalmente usadas para comprender estos años nos siguen quedando cortas.

Buscando otras palabras

En la segunda mitad de los años cuarenta aconteció un tránsito gradual pero incontenible desde las antipatías y enemistades políticas hacia el paroxismo de los odios políticos y los odios políticamente potenciados. Cuándo, precisamente, comenzó este deslizamiento es discutible. En retrospectiva, los muertos en la campaña electoral de 1944 anunciaron lo que venía. Con más claridad, a mediados de 1946 empezó a cobrar forma una espiral ascendente de violencia política. La lucha electoral de 1947-48 y la insurrección de marzo-abril fueron su resultado y su continuación; estas, a su vez, condujeron a nuevos hechos de sangre prolongados hasta avanzada la década siguiente.

Aunque duró aproximadamente diez años, nuestro período violento no fue ni de lejos tan intenso como los conocidos en países vecinos. Respecto a la cantidad de muertes ocurridas en El Salvador en 1932, o a lo sucedido en Guatemala después de 1954, lo acaecido en Costa Rica fue muchísimo más modesto y circunscrito. Sin embargo, esas dos mil o cuatro mil muertes, los números siguen siendo imprecisos, marcaron un hito histórico. Ni antes ni después la violencia política cobró entre nosotros tantas vidas.

Quienes se han ocupado de los años cuarenta, una comunidad en la que me incluyo, recurren a un grupo de palabras bastante preciso para presentar los hechos. Acostumbramos a hablar de “guerra civil”, “revolución”, “conflicto político”, “lucha social”, “lucha de clases”; tal terminología tiene carrera. La perspectiva de una sociedad dividida en clases sociales, que luchan por defender sus intereses desde su posición en la estructura social, ha sido la columna vertebral de los escritos históricos y sociológicos desde el trabajo pionero de Manuel Rojas Bolaños, *Lucha social y guerra civil en Costa Rica: 1940-1948*, publicado en 1979. Rojas sostiene que la gran ruptura ocurrida en los años cuarenta no se puede entender pensando

tan solo en la acción de individuos y grandes personalidades, al margen de los grupos sociales.⁵

Conforme a esta aproximación, el llamado orden oligárquico-cafetalero se abrió bajo la presión de nuevos grupos sociales, como producto de sus reivindicaciones y en reacción a ellas. Primero, por las demandas de los grupos artesanales y de los sectores asalariados movilizados por el Partido Comunista, y luego, en un segundo momento, en consonancia con el peso político de unas ascendentes clases medias y de nuevos intereses vinculados al sector productivo. El resultado fue una gran transformación institucional, sintetizada jurídicamente en la Constitución Política de 1949. La fase de la violencia se sitúa entre los dos momentos de reformas, sin acabar allí; expresaría el choque de intereses grupales que entonces tuvo lugar.

Muchos de los trabajos aparecidos posteriormente siguen la perspectiva estructural-clasista presente en el libro de Manuel Rojas, profundizando en puntos particulares. Los acentos puestos dependieron de cómo las personas se ubicaron en los debates políticos de los años setenta y ochenta, en el auge y el declive de la llamada “era liberacionista”.

De manera no siempre explícita, la lectura estructural-clasista prosperó en medio de una polémica político-académica. Era afín a la izquierda política y a quienes defendíamos la urgencia de cambios estructurales en el tercer cuarto del siglo recién pasado. Fue también una respuesta a los escritos de corte testimonial publicados por personas comprometidas en los sucesos de aquellos años, casi siempre favorables a alguno de los bandos políticos. La veta de los relatos se inició en 1948 y fue particularmente prolífera en la segunda mitad del siglo anterior, llegó a producir algunos trabajos de gran valor en razón de la riqueza y el detalle de la información

5 Rojas Bolaños, Manuel. *Lucha social y guerra civil en Costa Rica. 1940-1948*. Editorial Porvenir. San José. 1979, p. 11.

aportada. Comprensiblemente, en esta tradición el acento está puesto en los protagonistas y en sus intenciones, generalmente buenas y nobles, cuando se trata del personaje o de la corriente con la cual simpatiza quien escribe.

El libro de Manuel Rojas estaba orientado polémicamente contra esta tradición, y causó reacciones casi inmediatas. Una de ellas, fue el conocido trabajo de Eugenio Rodríguez *De Calderón a Figueres*, cuyas palabras finales parecen estar dirigidas contra la introducción del escrito de Rojas, y la postura político-académica por él expresada. Rodríguez concluía que el modelo analítico estructural-clasista se quedaba corto y no podía dar cuenta de lo *singular* de nuestra historia; estaba persuadido de que los dirigentes de los bloques políticos enfrentados actuaron de *buena fe*, aún cuando trataron de imponer sus tesis a la fuerza y en contra de la mayoría, y hasta *olvidaron* que el fin nunca justifica los medios.⁶ Rodríguez subrayaba la *buena fe* de los hombres de la Junta de Gobierno de 1948-1949, los cuales, a su criterio, se elevaron por encima de las circunstancias sociales y de las adscripciones estrechas en función de clases y grupos sociales.

Quienes reivindicaron la buena fe de los suyos no estaban solo en las filas liberacionistas, como lo ilustra el trabajo del historiador Óscar Aguilar Bulgarelli *Costa Rica y sus hechos políticos de 1948*.⁷ Aguilar Bulgarelli, pretendió aportar una lectura objetiva y desapasionada de lo sucedido, pero fue acremente criticado por favorecer al calderonismo, antes incluso de la publicación de su trabajo.⁸ Diez años después del texto de Aguilar, cuando Eugenio Rodríguez escribió su libro, las animadversiones estaban más limadas y hasta se podía reconocer

6 Rodríguez Vega, Eugenio. *De Calderón a Figueres*. EUNED. San José. 1980, pp. 211-212.

7 Aguilar Bulgarelli, Óscar. *Costa Rica y sus hechos políticos de 1948*. Editorial Costa Rica. San José. 1969.

8 Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo*. EUCR. San José. 2006, pp. 239-246.

que hubo *buenas intenciones* de ambos bandos. Los lados más espinosos de lo ocurrido se explican en *De Calderón a Figueres*, apelando a la complejidad de los acontecimientos, y proponiendo que los hombres de buena fe estuvieron rodeados por gente que actuó de “mala fe”.

Al cierre del siglo pasado, las lecturas estructurales-clasistas se habían replegado. Por el contrario, la veta testimonial siguió siendo muy productiva. Política y socialmente esto parece corresponder a un triunfo de la lectura de la “buena fe” de los implicados. A comienzos del nuevo milenio, los principales protagonistas del período violento eran reconocidos como caudillos lúcidos que merecían ser honrados. La base social de esta interpretación eran los cambios ocurridos desde el giro neoliberal de los años ochenta y las afinidades políticas existentes entre los bloques políticos, cuyos antecedentes llevaban al año 1948, así como la casi total desaparición de una izquierda política. Se terminó así de decantar la imagen de los tejedores creativos, cuyos actos positivos tuvieron algunas consecuencias desafortunadas.

Los procesos sociales complejos no se pueden entender sin conceptos que recuperen la dimensión histórico-estructural y sin atender los actos de las personas en posiciones centrales de poder. Por lo tanto, no se trata de desestimar llanamente una de estas aproximaciones en favor de la otra. En nuestro caso, las dos corrientes indicadas se desarrollaron polémicamente, manteniendo cada una puntos ciegos. El problema al cual nos enfrentamos empieza a tomar forma cuando se ensaya un acercamiento a estos años desde los relatos de la gente que *no* fue protagonista política de primera fila.

Palabras como lucha social, lucha política, proyectos políticos ayudan a entender parte de cuanto estas personas intentan comunicar, pero no agotan lo transmitido cuando hablan desde lo vivido en la familia, el vecindario o el pueblo, es decir, desde su experiencia. Allí surge un plus innominado,

particularmente perceptible en los relatos de las mujeres, las niñas y los niños; tal excedente es de suma importancia para comprender lo ocurrido en los años cuarenta. Sin embargo, tropezamos con una llamativa falta de palabras apropiadas para atrapar este resto. Carecemos de recursos conceptuales para representarnos las consecuencias más dolorosas de un evento central en nuestra historia.

Una primera pista para explorar los años cuarenta, desde otros referentes, la encontramos en los mismos testimonios. En varios de ellos se usa la palabra *tragedia*, o se le alude; hay también escritos posteriores a los sucesos que hablan en sus títulos de *la tragedia* recién acontecida.⁹ A la distancia de medio siglo, un adulto mira hacia atrás y escribe: *...las familias empezaban a prepararse ante los vientos de guerra que ya se daban como cercanos y fuertes. La tragedia de la familia costarricense comenzaba a brotar; por todos los medios parecía que querían la guerra, como si esta fuera la medicina para los males que padecía el país...*¹⁰ (destacados del autor). Tragedia significa aquí un conjunto de hechos que unas veces mueven al horror y otras a la compasión.

Con variantes, esta idea aparece en otros textos. No obstante, para avanzar en las narraciones sería necesario pensar en un significado más preciso de la tragedia, el cual nos ayude a entender las dinámicas que cobraron forma en torno a los grandes temas de discordia, y también permita comprender las tensiones menores, aparentemente secundarias. Muchas veces estas últimas dejaron aquellas cicatrices más profundas y duraderas, las cuales darán luego el empuje para rememorar y escribir.

Un préstamo tomado de una perspectiva antropológico-literaria puede sernos de utilidad. Décadas atrás, René Girard

9 Albertazzi Avendaño, José. *La tragedia de Costa Rica*. México. 1951.

10 Alvarado Cerdas, Jorge. "Una guerra mal llamada revolución". En: Muñoz, Mercedes (Editora). *Niñas y niños del 48 escriben*. EUCR. San José. 2001, p. 57.

propuso un concepto de tragedia útil para describir y entender nuestro “destejido”. La idea aparece por primera vez en uno de sus libros más conocidos, *La Violencia y lo Sagrado*,¹¹ y es repetida por él hasta en sus trabajos más recientes.

En su escrito de 1972, Girard exploró las dinámicas violentas con ayuda del concepto de tragedia. Para tal propósito, definió la tragedia como una situación en la cual dos o más fuerzas se equilibran y se desequilibran mediante actos de violencia sucesivos y acumulativos. La tragedia apuntaría a una *colaboración negativa*, la cual puede empezar como una respuesta inadecuada o desmedida a una acción anterior, interpretada como hostil; tal puede ser el inicio de una cadena de reacciones negativas en cuyo curso termina por perderse toda idea de bien y de justicia. La tragedia dice de un escenario en el cual un acto lesivo, real o imaginado, es respondido por otro de la misma naturaleza, el cual tiene a su vez una nueva respuesta en la misma sintonía. Como lo ilustran los mitos, los resultados trágicos no tendrían una relación necesaria con la intencionalidad; pueden desarrollarse entre quienes se consideran justos y no violentos, o entre quienes creen actuar de “buena fe”. Incluso es posible participar en ella con una relativa buena conciencia, asumiendo que el acto propio no es violento sino tan solo una respuesta legítima de carácter defensivo.

Una comunidad de dos, de varios o de muchos, se tensaría trágicamente cuando la violencia se convierte en su centro de gravedad por un período, creando y potenciando desequilibrios de distinta calidad. La implicación más importante, según Girard, es que las personas entrelazadas por la *reciprocidad violenta* tienden a asemejarse. Los hechos alisan las diferencias entre los rivales encadenados; ellos se aproximan al recurrir a procedimientos similares, en un automatismo irreflexivo. Gracias a lo último, el intercambio violento se

11 Girard, René. *La violencia y lo sagrado*. Anagrama. Barcelona. 1995, pp. 34-95.

propaga cual si fuese fuego. Se devuelve lo recibido, aunque no necesariamente a quien causó la primera ofensa, otras personas resultan afectadas e incorporadas al ciclo trágico-violento. Una vez puesto en movimiento el mecanismo, las instituciones que podrían interrumpir el proceso pierden vitalidad y operatividad en perjuicio de sí mismas. Su ineficacia y desgaste suele ser tanto un producto de la espiral violenta como una condición para su extensión. Los frenos institucionales y culturales quedan inutilizados.

La violencia reactiva suelta o afloja lo que estuvo unido de una determinada manera. El amarre principal pasa a ser la violencia misma, esto es llamado por Girard *rivalidad mimética* o *mimesis violenta*. Por la mimesis violenta se responde siempre con la misma moneda, solo que en cantidades mayores, la violencia del otro es el modelo a imitar y a superar. Los personajes trágicos serían *dobles o gemelos* unos de los otros; el material primario que los iguala y los une estaría constituido por odios, envidias, orgullos, heridas y resentimientos.¹² En su punto más alto, la situación trágica se asemeja a un fuego devastador o a una gran epidemia; la lucha amenaza con transformarse en un choque de todos contra todos y la supervivencia del colectivo queda amenazada. Llegado ese momento reaparece la posibilidad de un estado de guerra de todos contra todos, como lo imaginaba Hobbes.

René Girard le dio forma a su concepto de tragedia trabajando con mitos y leyendas de procedencia diversa, y apoyándose en los clásicos de la disciplina antropológica desde Lévy-Bruhl hasta Lévi-Strauss. Pese a su deuda con la tradición estructuralista, Girard le reprocha haber hecho un énfasis unilateral en la diferencia y en el lenguaje, a costa del *mimetismo real* propio de la condición humana, a su entender un dato antropológico irreductible. Por ahora, lo importante

12 Girard, René. *Óp. cit.*, pp. 53 y ss, y 150 y ss.

es que su concepto de tragedia puede lanzar algo de luz sobre una dimensión del 48 presente en casi todos los trabajos conocidos, pero pocas veces en el plano adecuado. Sobre este período hay preguntas que han quedado sin una respuesta adecuada: ¿Por qué la violencia no se pudo detener a tiempo? ¿Por qué no se pudo evitar la guerra civil? ¿Por qué hubo tanto odio si existían tantas afinidades entre los enemistados?

Cuando de pasada o en abstracto se menciona *el desenfreno de los odios*, un dato importante se puede escabullir ante nuestros ojos. Hemos carecido de un concepto que nos ayude a entender la intensidad de los odios y el mecanismo de su propagación. Si ponemos la atención en la dinámica violenta, necesariamente tenemos que preguntarnos por sus costos. Hubo angustias, tribulaciones y pérdida de vidas humanas. De estos costos sabemos poco o casi nada, no han sido sistemáticamente estudiados.

El concepto de tragedia lleva nuestra atención hacia las *acciones y reacciones* cargadas de hostilidad que condicionaron la dinámica política y la orientaron hacia la violencia; simultáneamente, coloca en nuestro horizonte los múltiples enlaces malévolos propiciados y potenciados por el proceso político. En esa medida, puede ayudar a colocar un nexo entre la gran política y cuanto ocurría en la vida de la gente.

Puntuaciones en una cartografía conocida

La violencia de los años cuarenta tuvo cuatro momentos de lucha abierta. El episodio central fue la guerra civil de marzo-abril de 1948, la cual fue seguida de tres choques armados en los que se derramó sangre¹³. La guerra civil ha sido explicada

13 La guerra civil de marzo-abril de 1948; la primera invasión desde Nicaragua dirigida por el expresidente Calderón Guardia (1948); "El Cardonazo" (1949), y la segunda invasión

desde distintos puntos de vista, pero nunca se ha podido aclarar satisfactoriamente en función de las diferencias políticas; a la postre, como se dijo, los caudillos enemigos resultaron más complementarios que diferentes. La violencia tampoco se puede entender como una reacción indignada y legítima en contra de irregularidades electorales de 1944 y 1948, entre otras cosas porque los dos bandos tenían un anclaje profundo en la práctica del fraude electoral, el cual era parte de la cultura política nacional.¹⁴

La violencia se gestó en el ámbito en que Costa Rica se consideraba una excepción en el Caribe y más allá, en el campo de sus instituciones políticas. Se forjó entre las contradicciones de esa institucionalidad. El 48 fue una fatalidad tallada con palabras y conductas pertenecientes a la esfera de las luchas políticas, esculpida por las prácticas electorales existentes; fue también un resultado del caudillismo y de los seguimientos caudillistas, nunca puestos seriamente en duda. El proceso que llevó al 48 se nutrió con los materiales de los cuales estaban hechas las instituciones políticas nacionales. Su principal motor fueron las rivalidades exacerbadas en una lucha de poder; las élites políticas, quienes luchaban por ser reconocidos por ellas, y quienes pasaron a tener papeles destacados en razón de sus divisiones, destejieron al luchar entre sí. Con la excepción de José Figueres, la lucha armada, no fue conscientemente buscada; pero de una u otra manera todos los actores políticos contribuyeron a caminar hacia ella en tanto quedaron enlazados por algo parecido a lo denominado por Girard el mecanismo del *mimetismo negativo*.

Hubo, sin duda, circunstancias coadyuvantes de primer orden. La situación estructural interna y el contexto internacional

calderonista desde Nicaragua (1955). A esta lista se podría agregar un intento fallido de golpe de Estado conocido como "El Almaticazo", ocurrido en 1946.

14 Esta tesis está desarrollada en: Molina, Iván y Lehoucq, Frabrice. *Urnas de lo inesperado*. EUCR. San José. 1999.

han sido siempre subrayados. Desde los dos lados, surgieron motivos para identificar enemigos en el escenario interno y razones para actuar contra ellos. La posición del enemigo (interno-externo) que representaba lo nefasto y lo peligroso fue ocupada por distintos grupos y personas a lo largo de estos años. Desde 1946 hubo un repunte del anticomunismo visceral, en consonancia con el clima de la naciente guerra fría. La atmósfera que cristalizó removió las fracturas presentes entre los aliados en el gobierno y dotó a la oposición política de un motivo central de acción y de una poderosa legitimación. Se regresó a una situación parecida a la existente a fines de los años treinta, cuando los comunistas eran reprimidos y se ideaban estrategias para frenarlos. Una de ellas fue la misma reforma social.

Las relaciones internas de poder no permitieron digerir las presiones sociales acentuadas desde la crisis de 1929; con respecto a ellas, los cambios institucionales de los años treinta y principios de los cuarenta carecieron de coherencia social, política y económica. Siempre dejaron grupos e intereses insatisfechos o amenazados, excluidos o resentidos. La razón era política. Entre otras cosas, seguía incólume un concepto jerarquizado, vertical y patriarcal de la sociedad, la democracia y la vida política, sobre el fondo de una base económica muy poco diversificada y dinamizada.

Los malestares acumulados irrumpieron de manera contradictoria en el curso de los años cuarenta, unos canalizados por los comunistas y otros por los ideólogos de las capas medias ascendentes. La reforma social fue tanto una medida contrainsurgente como una estrategia de ascenso social y político para un grupo restringido; también fue una reacción desde una idea de armonía y colaboración, presente en la primera mitad del siglo pasado. Ella consiguió neutralizar las reivindicaciones sociales de los comunistas, pero no se proyectó sustantivamente sobre el sistema electoral, condición

necesaria para un acuerdo político más estable e incluyente. Las leyes electorales de 1945 carecieron de un soporte institucional fuerte y convincente, dejaban un gran espacio abierto para la sospecha.

El respeto al sufragio y la lucha contra el comunismo y la corrupción fueron las tres principales banderas de la oposición política en 1948; la defensa de las Garantías Sociales y de la democracia los dos grandes motivos de la coalición gubernamental. En medio quedaba el tema de la modernización económica, un punto respecto al cual había bases para acuerdos, de haber existido la voluntad y el espacio político para ello. Las lecturas posteriores de los triunfadores y de los perdedores de 1948 girarán en torno a estos elementos, en distintas combinaciones, pero con notables puntos de coincidencia. De allí surgirá más tarde la idea de la complementariedad de los tejedores enemistados.

Este marco básico nos coloca ante dinámicas y circunstancias imprescindibles de tener en cuenta. Pero el concepto recuperado de Girard nos lleva un poco más allá; al destacar el componente hostil-reactivo, él mueve a observar cómo la política mayor se tradujo a diferentes niveles en acciones contra grupos y personas específicas, y a considerar la reacción subsiguiente, desde los golpes, los perjuicios y las ofensas recibidas. Lo último no se atrapa adecuadamente con la malla conceptual de los proyectos políticos o de los intereses materiales en juego, y no se debe dejar de lado. Las heridas y los resentimientos no son solamente la espuma de una lucha social o política. Son una parte de su despliegue inmediato y concreto, un factor generador de dinámicas particulares, el cual lleva por caminos imprevistos.

Los amarres reactivos ayudan a entender algunos pasos aparentemente desafortunados o de pocas miras, la indecisión trascendente por sus consecuencias, la conducta empecinada, las palabras y silencios que potenciaban las animadversiones,

los actos de agresión carentes de objetivos políticos o camuflados de tales, y hasta los accidentes con consecuencias fatales. Llegamos así a un delicado borde, en el cual lo personal se puede vestir con un ropaje político y la dinámica política queda a su vez contaminada por lo personal.

Por el contagio inherente al mecanismo reactivo, la hostilidad violenta se propagó cual mancha de aceite, incorporando cada vez a más personas o, lo que es lo mismo, maltratando a una mayor cantidad de gente. Y como se puede seguir en los relatos testimoniales, quienes fueron jaloneados hacia el centro del remolino tenderán a presentar su propia violencia como un acto de defensa legítimo o la devolución justa y adecuada de una ofensa antes recibida. Hubo siempre “una cuenta que arreglar”, llámese a esta un fraude, un golpe anterior, un pariente herido o muerto, un encarcelamiento, un acto de matonismo, un ultraje o un insulto. Las posibilidades eran múltiples, pero el resultado uno solo: la escalada violenta.

Varias veces aparece, en el curso de estos años, un motivo de procedencia bíblica. A fines de 1946, un notable cartaginés hablaba con naturalidad de una lucha entre el *bien* y el *mal*, a la cual correspondía la estrategia política del *ojo por ojo* y *diente por diente*. La expresión procede del Sermón de la Montaña y está dirigida contra la llamada ley del Talión; supuestamente, trata de evitar la atadura que significan las venganzas y los sufrimientos acompañantes. Aquí es donde se habla de poner la otra mejilla, como forma de interrumpir la dinámica fatal del ojo por ojo. En 1946, se regresaba a la ley del Talión; el *bien* debía responderle al *mal* en sus propios términos, es decir, imitándolo. Era la estrategia de la venganza.

Con matices, la consigna del “ojo por ojo” pasó a un primer plano desde que la muerte natural de León Cortés, ocurrida en enero de ese mismo año, fue *políticamente* transformada en un magnicidio y en un parricidio. En ese momento se empezó a crear el espacio político y emocional para los actos

de terrorismo y, de forma simultánea, para la dinámica de choques y agresiones *recíprocas* que desaguaron en la sangrienta Huelga de Brazos Caídos de mediados de 1947. Al terminar ese año, jóvenes, y no tan jóvenes, clamaban en las calles por la sangre de los comunistas, a quienes se les negaba toda humanidad.¹⁵ Entonces el calificativo de comunista se extendía, indiscriminadamente, a todas las personas partidarias de la coalición gubernamental.

Fatídicamente, el lema del ojo por ojo y diente por diente fue también agitado por los comunistas, a principios de la década, como parte de su discurso antifascista.¹⁶ Con consignas como estas, se aproximaron al gobierno que todavía en las elecciones de medio período de 1942 denunciaban ellos por sus fraudes electorales, y por estar infiltrado por nazis y franquistas. Sin ser nombrada explícitamente, esta consigna seguirá vigente en los años siguientes. La manera en que Vanguardia Popular se involucró en la violencia electoral de fines de 1943 y su cuota de responsabilidad en el fraude electoral de 1944 fue, entre otras cosas, también un acto de desquite. Los comunistas aprovecharon la oportunidad para vengarse de León Cortés, el hombre que unos años antes los persiguió y reprimió y a quien caracterizaban como un fascista.

En los escritos del dirigente comunista Arnoldo Ferreto encontramos una versión de la estrategia del ojo por ojo en esos años.¹⁷ La cadena sigue. La oposición política de 1948 recogió el respaldo de las personas que, en 1944, fueron física y políticamente golpeadas, y de quienes, a principio de la década, habían sido afectadas por la política de expulsión y

15 Cordero Croceri, José Rafael. *Memorias de un Rebelde (Historia novelada)*. Editorial Cartaginesa. Cartago. 1998, pp. 102,117.

16 Arias Mora, Dennis. "Quintacolumnismo como agravio político". *Semanario Universidad*, 8/5/2008, p. 2 (Suplemento especial del Semanario Universidad. Celebración del LX Aniversario de la Guerra Civil de 1948).

17 Ferreto, Arnoldo. *Gestación, consecuencias y desarrollo de los sucesos de 1948*. Ediciones Zúñiga y Cabal. San José. 1987, p. 85.

encierro y por las expropiaciones. Algunos hijos de familias alemanas e italianas se incorporarán a la lucha armada para vengar una afrenta personal y familiar. Frank Marshall Jiménez, héroe de los insurrectos de 1948, pertenecía a una familia que logró salvar parte de sus propiedades de la expropiación mediante una inusual maniobra. Su padre, sin embargo, fue deportado y recluido en los Estados Unidos.

Un ejemplo adicional es el citado libro de José Figueres, *Palabras Gastadas* (1943), un escrito incomprensible si no se atiende que está atravesado por un afán de desagravio.¹⁸ Fue redactado después de la expulsión de Figueres del país. Solo a costa de una severa distorsión de la realidad, podía alguien proponerse derrocar a una *tiranía* en Costa Rica a fines de 1942 y principios de 1943. Los argumentos favorables al socialismo, la libertad y la democracia, aquello que luego se presentará como el ideario socialdemócrata original, son aquí también una justificación para vengar una ofensa personal, aumentada luego por el fraude electoral de 1944, el cual le impidió a Figueres salir electo diputado. Lo último fue parte de una represalia de parte del presidente Calderón Guardia contra Figueres. Así, el pequeño texto de Figueres no llega a ser un programa político preciso, menos un diagnóstico del país. Sería forzarlo mucho. Hay en él objetivos solamente comprensibles a la luz de unos motivos de revancha no explícitos. En 1943, Figueres transformó una certidumbre subjetiva en una verdad objetiva y actuó en consecuencia.

Como persona y cabeza de una institucionalidad, Calderón Guardia se sintió agredido y descalificado por la intervención radial de José Figueres en julio de 1942. Reaccionó usando el poder a su disposición: lo apresó y lo deportó; no era algo inusual en la historia de Costa Rica, ya había ocurrido antes. Sin embargo, Figueres presentó el suceso como un acto sin

18 Figueres, José. *Palabras Gastadas*. Imprenta Nacional. San José. 1955.

antecedente alguno, propio de una tiranía que debía ser derribada por la fuerza. Nunca se preguntó si responder a la violencia con violencia era una solución socialmente responsable, tampoco lo hicieron sus adversarios.

La intrincada situación creada por el resultado de las elecciones de 1948 fue producida por una sumatoria de acciones previas de ambos bandos. Los dos lados se presentaron como *víctimas* de un fraude electoral y, desde la posición de la víctima, demandaron la reparación correspondiente del victimario. Ante el contrincante, unos y otros actuaron validando la imagen negativa. Fue allí cuando se desató la guerra.

Las primeras muertes en la carretera Interamericana son simbólicas. Las muertes del coronel Rigoberto Pacheco Tinoco y del mayor Carlos Brenes Alvarado, y unos días después del insurrecto Nicolás Marín, ocurridas en marzo de 1948, tienen en común el haber sido venganzas. Marín fue torturado hasta morir en los bajos de la Casa Presidencial, él era relacionado con la muerte de Pacheco y Brenes. A su vez, Pacheco y Brenes fueron asesinados cuando no presentaban ninguna resistencia ni eran un peligro. Quien les dio muerte, una persona cuyo nombre suele ser sustituido por una inicial en los escritos de sus compañeros, cobraba así la muerte de un pariente durante un enfrentamiento con la policía. Aparentemente, Brenes Alvarado estuvo involucrado en ese hecho de sangre; por otro lado, al coronel Pacheco Tinoco se le cobraba también el ser el amigo íntimo de Calderón Guardia y su militar estrella. El motivo de venganza explica las vejaciones de las que fueron objeto los cuerpos de los militares, pero también el ensañamiento posterior contra Marín, cuyo cuerpo quedó destrozado.

De ambos lados hubo gente que tomó las armas para vengar algo, y la lucha misma generó nuevos motivos para buscar revanchas, en ocasiones ejecutadas en el curso del enfrentamiento y otras con posteridad. Para cierta gente, la guerra tuvo por objetivo principal la venganza, como se observa en

algunos de los testimonios. Días después de que los vencedores del conflicto ingresaran a San José, hubo un acto en el Cementerio General en el cual se proclamó que León Cortés había sido vengado. Allí tomó forma la iniciativa de un gran monumento a Cortés, comenzado unos meses más tarde, con el auspicio de la Junta de Gobierno. Era un monumento para una persona, pero también un monumento a la venganza.

En el curso de los años cuarenta, un lustre revanchista fue envolviendo progresivamente a la población, tiñendo distintos actos. La década cerró casi como empezó. Al inicio y al final hubo restricciones de los derechos ciudadanos alegando razones políticas mayores. Cada uno de estos momentos extraordinarios produjo actos de violencia política entreverados con móviles personales y también actos de violencia privada disfrazados con motivos políticos. Al inicio están los golpes, los fraudes, las expulsiones, los encierros y las expropiaciones, y los afectados y resentidos por estas. Al final, los Tribunales Especiales, la incautación de propiedades, las detenciones arbitrarias, los despidos, la ilegalización de los comunistas, el exilio y más muertes, por afanes de revancha. La invasión dirigida por Calderón Guardia, en diciembre de 1948, según personas que participaron en ella,¹⁹ fue un acto político de venganza, el cual dio la oportunidad para crímenes alevosos y sin justificación alguna, de ambos lados. Una de las excusas de la invasión fue el desconocimiento del Pacto de la Embajada de México, el acuerdo con que terminaron las cinco semanas de lucha armada; también, en este desconocimiento, mediaron motivos vengativos diversos.

Hacia finales de 1948, los odios liberados empezaron a minar también el bloque que se había compactado para las elecciones de principios de año. Las acusaciones de deslealtad se

19 Bákit, Óscar. *Cuentos Mariachis: narraciones de la guerra del 1948*. Editorial Costa Rica. San José. 1990, p. 85 y ss.

hicieron presentes dentro de los vencedores. Unos le reclamaban a José Figueres la traición a la causa centroamericana que dijo suscribir inicialmente, y de la cual se desmarcó en el curso de 1948; otros le cobraban su desplazamiento, y desde allí, una traición a los motivos del levantamiento. Este segundo hilo lleva al fraccionamiento de la Junta de Gobierno en abril de 1949 y al levantamiento conocido como “El Cardonazo”, el cual tuvo por combustible las envidias y los celos presentes entre los compañeros de armas de un año antes. Más tarde, tenemos la participación de algunos sublevados de marzo de 1948 y abril de 1949 en la invasión de 1955, al lado de Calderón Guardia. Algunos de los anteriores amigos se transformaron, en ese momento, en enemigos mortales.

Pese a las divisiones y rencillas existentes entre quienes se exiliaron en Nicaragua y a las recriminaciones recíprocas por las dos derrotas de 1948, los resentimientos acumulados fueron lo suficientemente importantes como para reunir gente para una segunda invasión, desde Nicaragua, en enero de 1955; esta tuvo un nuevo saldo de heridos y muertos. El motivo de venganza estaba también entre quienes patrocinaron y alentaron la empresa, en primer lugar, el dictador Somoza García, quien veía en Figueres a un enemigo.

Estos son algunos mojones de una secuencia que, con relativa facilidad, se puede hacer mucho más tupida y complicada. Al olor de la pólvora y la sangre debe sumarse el del alcohol, el cual aportó un carburante extra para la violencia de los dobles-enemigos. Los relatos abundan en información al respecto. Política y alcohol estaban hermanados entre nosotros desde mucho tiempo atrás; así mismo, como es conocido, la violencia y el alcohol. No pocas carreras alcohólicas comenzarán en estos años. Otras, ya iniciadas, se consolidaron con consecuencias diversas, algunas dramáticas.

La reciprocidad sangrienta se interrumpió hasta ya avanzada la década siguiente. El freno decisivo no vino del mundo

idílico de la carreta pintada y la casa de adobe, ni menos de un balance colectivo de lo sucedido y de sus causas. Provino del exterior y estuvo relacionado con un cambio de la política estadounidense hacia la región. En 1955 se empezó a clausurar el espacio internacional para las conspiraciones regionales, usado tanto por Figueres como por Calderón Guardia.

Al cierre de los años cincuenta, el ambiente seguía contaminado por los vapores tóxicos de la violencia, pero existía una nueva realidad internacional y una creciente conciencia que, de seguir por el camino transitado, las pérdidas serían irreparables para todos. En lo inmediato estaba el peligro real de quedar al margen de las nuevas oportunidades económicas que se abrían. El realismo político se impuso sin que el país hubiese hecho un arreglo a fondo con su pasado reciente, ni se dispusiera a hacerlo.

Al terminar los años cincuenta los dos protagonistas principales habían pasado por las mismas posiciones y se habían igualado, varias veces, por sus actos. Ambos eran reconocidos como grandes reformadores, los dos habían conspirado desde el extranjero y eran responsables de derramar sangre. Cada uno se propuso derribar al otro, aunque solo uno tuvo éxito.

Sin haberse nunca reconciliado entre sí, *los gemelos violentos* empezaron en ese momento a transformarse en héroes complementarios, en tejedores descoordinados pero bien intencionados.²⁰ En el nuevo escenario que se perfila, los comunistas quedarán como los protagonistas malévolos de la fase trágica; a ellos les corresponderá la función del chivo expiatorio, la figura que en el modelo de Girard suele

20 Una reconciliación entre los grandes nunca hubo. En un relato de Gonzalo Facio Segreda encontramos la siguiente observación: *Nunca se vieron don Pepe y Calderón. Nunca. Si se hubieran visto tal vez se hubiesen saludado, pero nunca se vieron. Había un odio mutuo. Siempre he tenido claro que Calderón le hizo un gran favor a don Pepe al echarlo. Don Pepe se convirtió en un líder político porque lo expulsaron de Costa Rica.* "El Canciller". En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Conversaciones con la historia. Entrevistas*. Tomo I. Editorial Maya y PZ., p. 344.

aparecer en el cierre de los períodos convulsos para restablecer o fundar un orden.²¹ Con la identificación de un culpable preciso, una colectividad enlazada negativamente trata de colocar fuera de sí su propia violencia. No la elimina, pero se deshace momentáneamente de ella. Sin duda, las cosas no fueron tan simples y el análisis pormenorizado es necesario, pero algo similar ocurrió. La conciencia política de la Costa Rica de la segunda mitad del siglo XX se montará sobre importantes distorsiones respecto al pasado en general y, muy en particular, en relación con su pasado más reciente.

Otras dimensiones del ciclo violento

A las complicaciones de estos años corresponde el que la lucha política aproximó gente de procedencia muy distinta. Al calor de aquella algunas diferencias se ensancharon y otras, antes muy fuertes, se desdibujaron. El pacto de 1943 entre los republicanos, la Iglesia y los comunistas unió a quienes poco antes se consideraban enemigos. Su contraparte fue la alianza entre los cortesistas y los jóvenes que habían denunciado a León Cortés por autoritario y simpatizante nazi, al igual que lo hicieron los comunistas. En medio, algunas anteriores colindancias entre los comunistas y personas que tomaron partido en contra del gobierno se disolvieron o se convirtieron en antagonismos.

La polarización acercó grupos y personas que, en otras condiciones, difícilmente hubiesen estado del mismo lado. Los comunistas fueron siempre un problema para los republicanos calderonistas. Al deslizarse la lucha política desde las pedradas y las cachiporras a las armas de fuego, en cada bando se abrió

21 Girard, René. *El chivo expiatorio*. Anagrama. Barcelona. 1986.

un espacio para bravucones, matones y peleadores callejeros; en algunos relatos podemos seguir el paso desde los primeros golpes al matonismo en distintas modalidades.²² En 1943, los comunistas aceptaron la proximidad de personajes antes denunciados por sus abusos y por su falta de escrúpulos, y que en 1948 se mostrarán como asesinos. Ese año se vieron envueltos en situaciones, antes o después, inimaginables.

Por ejemplo, en marzo-abril de 1948, las milicias vanguardistas lucharon contra los insurrectos *junto* con un destacamento de la Guardia Nacional de Nicaragua. Un testigo de filiación comunista dirá que se trataba de la escoria de ese cuerpo, enviada a Costa Rica como castigo. El jefe del Estado Mayor del gobierno, Mario Fernández Piza, menciona un destacamento de aproximadamente ochenta hombres; otras fuentes hablan de un número menor.²³ No eran muchos pero sobre sus miembros caerá la responsabilidad de crímenes y de actos de crueldad. Algunos intentos de los comunistas por frenar o contener a estos problemáticos aliados tuvieron poco éxito.²⁴ Cinco insurgentes sorprendidos mientras descansaban

22 Una de esas carreras que empieza con los encuentros callejeros de 1943-1944, y concluye con el intento de alzamiento de abril de 1949, es la de Edgar Cardona. Ver: *Mi Verdad: por el restablecimiento de la verdad histórica: vivencias en 1942, 1944, 1946, 1947, 1948 y 1949*. Imprenta García Hermanos. San José. 1992. Un recorrido paralelo, aparece en la biografía de algunos comunistas. Al respecto: Mora Valverde, Eduardo. *De Sandino a Stalin*. Editorial Revolución. San José. 1988.

23 “Tuerto en tierra de ciegos”. Entrevista con el capitán Mario Fernández Piza. En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *El Gobierno sobre las armas*. EUCR. San José. 2002, p. 53. En una generosa evaluación anónima de este capítulo se me ha indicado que Somoza reportó haber enviado 70 guardias a Costa Rica, pero que, según los documentos del Departamento de Estado de los Estados Unidos, el número habría sido de unos 35 hombres. Al respecto: Orlander, Marcia. *Central American Foreign Policies and the Costa Rican Civil War of 1948*. Ph.D. Dissertation. University of Kansas. 1999, p. 237.

24 En una entrevista que tuvo lugar en el mes de agosto del año 2005, el dirigente comunista Álvaro Montero Vega me relató que el grupo de la Guardia Nacional estaría compuesto por una veintena de miembros, dirigidos por un oficial de apellido Fonseca. Él los describió como la escoria de la Guardia Nacional, gente muy deteriorada y sanguinaria. En esta ocasión, Montero Vega mencionó cómo él y su gente evitaron que un grupo de campesinos fuese también fusilado por órdenes de Fonseca. En otros relatos, sin embargo, un oficial nicaragüense es nombrado como el responsable del fusilamiento de cinco personas en El Guarco de Cartago, el cual tendría luego una réplica del lado contrario, con una diferencia de pocos días. El mismo Montero Vega concede en otro lugar que el fusilamiento de los

fueron fusilados en El Tejar por una patrulla dirigida por un oficial nicaragüense. La presencia de los militares nicaragüenses alimentó la xenofobia y sirvió para justificar otros crímenes, esta vez por parte de los insurrectos, los cuales serán presentados como actos de defensa legítimos ejercidos contra una tropa extranjera. En el caso de los fusilamientos ocurridos en Quebradillas, en Cartago, la mayoría de los ejecutados, una cifra que varía en los testimonios entre quince y treinta y cinco personas, eran trabajadores vanguardistas. En algunos relatos se afirmará que eran integrantes de la Guardia Nacional de Nicaragua y por ello merecían ser fusilados.²⁵

En ambos bandos encontramos personas calificadas como repugnantes o incluso sanguinarias por sus mismos compañeros. De uno y otro lado hubo gente involucrada en hechos sangrientos, carentes de sentido militar. Algunos de estos criminales fueron ayudados para salir del país, como ocurrió con el jefe del destacamento responsable de las ejecuciones del Codo del Diablo. Otros, como el temido coronel Áureo Morales, acusado por los crímenes de Dominical y Térraba, huyó hacia Nicaragua al momento de la desbandada, pero reapareció al lado de Calderón Guardia, en diciembre de 1948. Responsables de crímenes tendrán una muerte trágica, en un par de casos, aparentemente, por mano propia. Otros

cinco fue ordenado por Fonseca, y ocurrió en un momento de descuido de los comunistas. Ver: Pérez Delgado, Nicolás. *Volando bala: 1948*. Gráfica Cabal S.A. San José. 1998, p. 262.

25 En la entrevista indicada, Álvaro Montero Vega menciona 37 muertes, todos vanguardistas. En testimonios procedentes del bando contrario, se señala que los muertos vestían uniforme de la Guardia Nacional, y primero se les hizo una "prueba oral" para tener seguridad de que eran nicaragüenses. Una versión distinta se encuentra en el testimonio de Haroldo Gómez Mora. "Un soldado de primera fila". En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *San Isidro de El General en Llamas*. Testimonios del 48. Mesén Editores S. A. San José. 1996, pp. 71-91.

Una situación similar ocurrió en Paraíso de Cartago, luego de la muerte del insurgente Carlos Arana, ocasionada durante un enfrentamiento. Aquí también se hace alusión a la prueba oral. Al respecto. Badilla, Patricia. Entrevista a los excombatientes Marcos Calderón y Marcos Porras Valverde. En: *Testimonios orales sobre la Guerra Civil de 1948*. Entrevistas realizadas en 1990 y 1991. No publicadas. Además: "Dos amigos frente a frente". Testimonio de Daniel Gutiérrez Gutiérrez y Carlos Leiva Ortuño. En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *El Gobierno sobre las armas*. *Óp. cit.*, pp. 112-113.

tomarán parte en hechos de violencia. Uno de los acusados por la tortura y asesinato de Nicolás Marín, pariente político de Calderón Guardia, intervino luego en los acontecimientos de Guatemala, en 1954, del lado de Castillo Armas y la fuerza expedicionaria organizada por la CIA. Este hombre era parte de un grupo mayor de costarricenses que peleó en ese país contra “el comunismo”. Un personaje que durante el año 1948 se ensañaba con sus enemigos políticos, asesinó a dos ancianos, ya terminada la fase en que la violencia tenía la cobertura de una causa. Pretendía robarles.²⁶

Tanto José Figueres como Rafael Ángel Calderón Guardia callaron asesinatos cometidos por sus correligionarios. Hubo crímenes cuyos autores intelectuales nunca fueron acusados judicialmente, como el del Codo del Diablo; y hubo también asesinatos que fueron desmentidos en su momento, como el del equipo de la Cruz Roja, en diciembre de 1948. Estos silencios cómplices tendrán repercusiones en la Costa Rica que toma forma en ese momento; esta veta se engrosará, en los años siguientes, con otros motivos.

Ninguna de las personas responsables de asesinatos o ejecuciones actuó en solitario. Fernando Ortuño Sobrado cuenta, en un libro-testimonio escrito hacia el final de sus días, que él fue testigo de la muerte de los militares Pacheco y Brenes. Describe el asesinato de dos personas que no combatían. De acuerdo con el relato, nadie intentó evitar la ejecución de los militares.²⁷ Años atrás, este suceso había sido narrado casi de idéntica manera por otro testigo; en ninguno de los dos casos

26 Cerdas, Rodolfo. “Entre el temor y la esperanza”. En: *Niñas y niños del 48 escriben*. Óp. cit., pp. 145-146.

27 Ortuño, Fernando. *¿Por qué estuve en la guerra del 48?* San José. 2001, p. 34. Es uno de los que narran la muerte de Pacheco Tinoco y Brenes; describe un asesinato cometido por un joven cuyo nombre él omite explícitamente. En otros relatos, esta muerte queda como un incidente. Al respecto: Valverde Vega Fernando. “De la política a la guerra”. En: *San Isidro de El General en Llamas*. Óp. cit., p. 109.

se da el nombre de quien disparó.²⁸ No fue un hecho aislado; días después de este suceso, un insurgente le dio muerte a un campesino desarmado en El Empalme, acusándolo de ser espía. Alguien lo recuerda como *un hombre enfermo que ya había dado muestras de exaltación*.²⁹ Pero no se tomó ninguna precaución para aislarlo o neutralizarlo.

La violencia produjo conflictos personales que se van a arrastrar de por vida y explican la función de algunos de los testimonios: evacuar sentimientos encontrados y culpas. Sin dar nombres, un jefe militar calderonista, primo hermano del expresidente Calderón Guardia, de apellido Mora Quesada, recuerda *como un incidente que lo ha atormentado toda su vida*, el asesinato de un joven de apellido Morice, en diciembre de 1948. A la distancia de cincuenta años, él les dice a los familiares del muchacho que su muerte fue rápida y sin sufrimiento, pues se le disparó por detrás y en la cabeza. Un consuelo tardío, acompañado de un motivo desconsolador. Presuntamente, la víctima escuchó una discusión sobre la *posibilidad* de atacar a una caravana de vehículos del gobierno que transportaba hombres y armas; esta idea, sin embargo, fue *desechada* por no tener la gente suficiente para ejecutarla. Según esto, el joven murió por nada. Unos reglones más adelante, el relator agrega que días después de esta muerte ocurrió otro crimen similar, del cual fue testigo: un campesino de unos veinte años de edad fue tomado por espía y ejecutado. El narrador se reprocha no haber tenido el valor de impedir el asesinato: *me faltaron agallas para oponerme con más vigor a este crimen*; muchos años después continuaba viendo la mirada del joven.

Muertes como estas, dice Mora, ilustran que la guerra transforma a los hombres en seres a quienes les *parecía normal dar rienda suelta a sus más bajos instintos*. Habla de él mismo y de

28 Acuña, Miguel. *El 48*. Imprenta Lehmann. San José. 1974, pp. 153-158.

29 *Ibid.*, pp. 218 y 262.

sus compañeros. En esta misma secuencia, cuenta que uno de los suyos asesinó a otro para robarle unos dientes de oro. Fue fusilado. Unas páginas después, Mora dice haber tomado disposiciones para que *no se volvieran a cometer excesos de ninguna clase y, sobre todo, actos de abusos contra las mujeres*. Impartió la orden de fusilar a quien abusara de las mujeres en los poblados por donde pasaban.³⁰ El comentario y la medida dejan planteada la pregunta sobre la frecuencia de los llamados “abusos contra las mujeres”.

En un testimonio de marzo-abril del 48, un insurgente menciona el drama de una niña de catorce años *abusada por catorce mariachis*, encontrada a punto de morir. La palabra violación es evitada pero de eso se trata; quien hace este relato habla también una *impresión que nunca se ha podido borrar de la mente*.³¹ Hay indicios fugaces sobre violaciones en los escritos publicados; un niño de Corralillo de Cartago menciona cómo en su pueblo se decía que dos de sus primas habían sido violadas *por los nicaragüenses*,³² y una niña de Alajuela descubre, al cabo de los años, que una mujer conocida había sido violada por gente de uniforme.³³ En los documentos de los Tribunales de Sanciones Inmediatas aparece una causa por la muerte de un niño de cuatro años y por la violación de una joven campesina. Los hechos habrían ocurrido en Bustamante de Cartago. Según esta documentación, la mujer se negó a decir lo que le ocurrió. En una nota fechada el 2 de abril de 1948, el jefe del destacamento gubernamental estacionado en Corralillo, el coronel Alfredo Garrido, solicitó al

30 Mora Quesada, Eduardo. *Los días amargos (Memorias de un calderonista de 1936 a 1967)*. Abel Ediciones. San José. 2003, pp. 91-94.

31 Morales, Hugo. “A bailar con la más fea”. En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *De las calles a la guerra*. EUCR. San José. 2003, p. 126.

32 Picado Tencio, Carlos María. Relato de guerra. *Niñas y niños del 48 escriben*. *Óp. cit.*, p. 710. La violación como peligro, atribuida a los nicaragüenses, está también aludida indirectamente en: Rodríguez Quesada, Elieth. “Mi vivencia del 48”. *Óp. cit.*, p. 603.

33 Hidalgo Ugalde, Luz Ethilma. “Añoranza”. *Ibid.*, p. 546.

Juez Instructor Militar que se iniciara un juicio contra un soldado de apellido Ortega, quien *redujo a la mujer a la fuerza para satisfacer sus deseos*.³⁴ En otro relato, una mujer menciona que su madre le había contado sobre un grupo de insurgentes dispuestos a ultrajar a las mujeres refugiadas en una escuela. El jefe del grupo era pariente de la madre, su primo.³⁵

Una primera conclusión salta a la vista. Sería incorrecto estimar las consecuencias de la violencia política pensando solo en las muertes acontecidas durante los enfrentamientos de 1948, un número impreciso, o en la cifra indeterminada de muertes ocurridas en los choques violentos que se dieron entre 1946 y 1955. Hubo un costo adicional, muy difícil de contabilizar, del cual encontramos vestigios dispersos pero persistentes en los testimonios. Los abusos y violaciones contra las mujeres pertenecen a un grupo de huellas apenas distinguibles. Mora Quesada es de los pocos que admite su implicación pasiva en dos crímenes ajenos a los enfrentamientos; al respecto, él habla tardíamente, por vergüenza y también por miedo a una eventual venganza de los parientes del joven Morice. Además, él respetó un pacto de silencio con sus compañeros de armas; Mora escribe cuando era el último de los testigos con vida, todavía reservándose los nombres de los otros implicados en los hechos narrados.

De muertes como la del joven Morice hay datos en la prensa de la época,³⁶ pero no de la del otro joven campesino asesinado en esa misma ocasión. Hay sucesos que únicamente quedarán registrados en la memoria de las personas involucradas y de las afectadas, desde ellas irradiarán sobre otra gente. Estos crímenes y muertes injustificables serán parcialmente

34 Archivos Nacionales. Expedientes de los Tribunales de Sanciones Inmediatas. Fondo: R-1660. Signatura: 206.

35 Soto Messeguer, Ileana. "Reminiscencia". *Niñas y niños del 48 escriben*. *Óp. cit.*, p. 282.

36 "Néstor Castillo, hijo de Leo Castillo, fue el matador del joven Rodrigo Morice". *Diario de Costa Rica*. 5/4/1949, p. 3.

exorcizados poniéndolos en una cuenta anónima e imprecisa, presentada como el costo lamentable de las instituciones políticas y sociales de la segunda mitad del siglo anterior. Si esta cuenta agregada se descompusiera detalladamente, otro cuadro emergería.

Las muertes revividas en los relatos son un punto de intersección, con proyección a futuro, de muchas otras vidas. De un lado, tenemos personas que sufrieron por la pérdida de un ser querido: padres, hermanos y hermanas, hijos e hijas, esposas o novias, amigos y amigas; y del otro, familias afectadas por el peso de una vida marcada por la violencia de alguno de los suyos. Hacia el final de su escrito, Mora Quesada reconoce que él ha estado atormentado por *la imposibilidad de perdonarse a sí mismo*. Menciona largas horas de insomnio pensando en lo ocurrido y un hogar, el propio, desestabilizado por *las incongruencias de su vida*.³⁷ En otro tramo de su texto, evoca el miedo en la mirada de su hijo, una vez que alzó la mano para castigarlo; la mueca del hijo le recordó los ojos suplicantes de uno de los jóvenes asesinados y esta vez soltó el llanto, el cual emerge de nuevo al releer su escrito, antes de la publicación; en esta oportunidad, la esposa acude en su consuelo. Otros, que nacieron después o no tuvieron relación alguna con aquellos actos de violencia, resultarán también afectados. Hasta dónde y de qué manera pueden irradiar actos pasados es algo abierto.

A la distancia de cincuenta años, el escultor Néstor Zeledón recuerda el odio que lo motivó a participar en la invasión de 1955, el cual nació con el atentado contra su casa de habitación, en 1948. Zeledón acepta que él disparó *hasta bastiarse*, y vio entre sus compañeros de armas *cosas espantosas*. Más no precisa, como si llegara al borde de lo innombrable. Sin

37 Mora Quesada, Eduardo. *Los días amargos (Memorias de un calderonista de 1936 a 1967)*. *Óp. cit.*, p. 129.

precisar si el acto se consumó, narra que un día, cuando iban a fusilar a un enemigo, uno de sus compañeros increpó al desdichado por haberse puesto en tal situación y por haberlo puesto a él en un difícil predicado. Era amigo o conocido quien iba a ser fusilado.³⁸ Por otras fuentes, se tiene noticia del fusilamiento de ocho prisioneros como reacción a la muerte de un jefe militar calderonista.³⁹ Un testigo menciona el *asesinato* de cinco o seis prisioneros por *dos compañeros exaltados* de su grupo.⁴⁰ Esto último no aparece en el relato de Zeledón, ni sabemos si el suceso rememorado por él corresponde a este fusilamiento o a otro, pero su narración no está en el aire.

Según Zeledón, uno de los legados de largo plazo que le dejó esta época fueron más de cuarenta años de abstencionismo electoral, interrumpidos en el año 2002, por la candidatura presidencial de uno de sus compañeros de armas, el médico Abel Pacheco.⁴¹ Sería interesante conocer si por lo menos una pequeña franja del abstencionismo electoral, de 1958 en adelante, tuvo causas parecidas. En uno de los relatos, un padre, quien *quedó con nervios para toda la vida* no permitirá más que su esposa y sus hijos participen abiertamente en política. Si la había, debía ser silenciosa.⁴²

Las personas que hablan de *recuerdos imborrables* oscilaban entre los veinte y los veinticinco años en 1948, algunos más, otros menos. Empero, cuando escriben son adultos mayores, sus vidas quedaron bajo la sombra de sus actos de juventud. Cuarenta años después, una de ellas iniciaba un largo y

38 Zeledón, Nestor. "El pueblo en su Olimpo". En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Conversaciones con la historia. Entrevistas*. Tomo IV. Editorial Maya y PZ, p. 20.

39 Acuña, Miguel. *El 55*. Editorial Lehmann. San José. 1977, pp. 160-169.

40 Declaración de Eladio Campos. En: Mora Quesada, Eduardo. *Óp. cit.*, p. 124.

41 Esta afirmación tiene que atemperarse un poco. En todo caso, en las listas de diputados republicanos del año 1958 aparecía, como candidato, Néstor Zeledón Varela, el padre de Néstor Zeledón Guzmán, la persona a la cual nos referimos.

42 Hidalgo Ugalde, Luz Ethilma. "Añoranza". *Niñas y niños del 48...* *Óp. cit.*, p. 549.

detenido relato reconociendo cómo, al escribir, volvió a sentir los *horribles sentimientos que lo embargaban entonces, y que creía superados*.⁴³ Otro más, un hombre que tomó repetidamente las armas, concede haber sentido una inmensa culpa al enterarse de la muerte de un amigo a quien convenció de unirse a la lucha, en 1948. No sabemos qué otras consecuencias tuvo este hecho en su vida. La muerte del amigo, o del familiar, deja huellas imborrables. Varias veces este motivo es mencionado como causa de otras muertes, en arrebatos de revancha.⁴⁴

Otros efectos de la situación trágica

Si continuamos explorando en esta dirección, nos encontramos con una segunda generación afectada por sucesos acontecidos en su infancia o en su adolescencia. Niñas y niños crecieron sin un padre o un hermano, o resintiendo la desaparición de una persona querida o conocida.⁴⁵ La figura del *desaparecido* fue entonces una realidad; el caso del joven Morice fue uno entre varios.

Un niño de entonces recordará, tiempo después, a su madre fijada al llanto durante años debido a la muerte de uno de sus hijos, un joven que no había llegado a los veintidós años; pese a su edad, este muchacho ostentaba el rango de capitán. Los primeros días de la guerra habían sido descritos por el joven a sus familiares como una *aventura recreativa*, hasta que lo alcanzó la muerte; esta figura de la aventura emocionante, seguida de la muerte, está en varios relatos. Como la

43 Bákit, Óscar. *Cuentos Mariachis: narraciones de la guerra del 1948*. Óp. cit., p. 13.

44 Testimonios de los excombatientes Carlos Calderón y Jaime Porras Valverde. En: Badi-lla, Patricia. *Testimonios orales sobre la Guerra Civil de 1948*. Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Costa Rica. No publicados, pp. 11-19.

45 Bonilla Pignataro, Janina. "Yo lloraba quedito". En: *Niñas y niños del 48...* Óp. cit., p. 109.

mayoría de quienes perdieron la vida en El Tejar, el cadáver del joven capitán desapareció consumido por el fuego en una fosa común. Sin cuerpo y sin papeles de defunción, con apenas una escueta comunicación verbal sobre el hijo que habría caído *peleando como un valiente*, las mismas palabras que aparecen en el relato de Fonseca Quirós, la madre se aferró empecinadamente a la ilusión del regreso de su hijo.

La desaparición de este joven queda registrada por el hermano menor, quien relata, como algo más doloroso que la misma muerte y, respecto a su madre, como la causa de una *enajenación por un sufrimiento interminable*, tan doloroso que el muerto se convirtió en un objeto tabú, del cual no se podía hablar en la familia.⁴⁶ La melancolía parece haber sustituido al duelo en este caso; los silencios-tabú, pactados o espontáneos, son frecuentes en las narraciones.⁴⁷ Dicen de duelos que se congelan y nunca concluyen. Queda un hueco, privado y colectivo al mismo tiempo.

Algunos niños de esta segunda generación crecerán con el recuerdo de asesinatos de seres queridos. A sus doce años, uno de ellos hizo un largo viaje para llevarle abrigo y comida a su padre, presuntamente detenido en la Penitenciaría Central de San José. En el camino es interceptado por familiares, quienes le comunican que la noche anterior su padre había sido asesinado por quienes lo traían custodiado. La ilusión de ver al padre dio paso al encuentro con un cadáver.⁴⁸ En otro caso, la muerte violenta del padre motivará al hijo a tomar las armas unos años después. El hijo del militar Rigoberto Pacheco Tinoco participó en la invasión de 1955; en la familia del coronel Pacheco, su muerte quedó como un asesinato a sangre fría, seguido de una amputación de los genitales. Así

46 Castro Sánchez, Otto. "El Milagro". *Óp. cit.*, pp. 359-360.

47 Durán Valverde Myriam. "El hueco de la guerra". *Ibid.*, pp. 449-461.

48 Picado Odio, Federico. "Ahorita vuelvo Setico... La espera sin retorno". *Ibid.*, pp. 971-978.

lo sostiene uno de sus hermanos, Abel Pacheco Tinoco, padre de Abel Pacheco de la Espriella,⁴⁹ y así lo repetirá el último varias veces en las décadas siguientes.

Niños y niñas vivieron la persecución de sus padres y abuelos, y las amenazas de muerte contra ellos; otros vieron las heridas en el cuerpo de parientes, amigos y vecinos. En algunos casos, fueron testigos de una violencia que alcanzaba a sus iguales. A uno de ellos le tocó presenciar cómo su compañera de juegos era alcanzada por un balazo en una pierna, y se la destrozaba; la escena le dejó un *miedo fantasmal*.⁵⁰ Otro cuenta del balazo en la pierna de un primo de doce años porque no atendió un llamado a detenerse.⁵¹ En Turrialba, un niño de ocho años que sacó su cabeza del aula donde recibía sus lecciones fue muerto de un disparo, cuando ya la guerra había terminado. Nunca se supo quién lo mató.⁵² Atrás mencioné la muerte de un niño de cuatro años por un disparo, en Bustamante de Cartago.

La violencia tocó la niñez de muy distintas maneras. Un niño cartaginés de seis años entonces, recuerda que su madre le prohibía mirar por la ventana de su casa; afuera estaban los cuerpos amarrados de tres personas recién fusiladas, como en otros casos, también esta vez la curiosidad pudo más.⁵³ Una niña cuya familia quedó atrapada en medio de la batalla de El Tejar, encuentra un hueco en la pared para vislumbrar lo que sucede fuera de la casa, también contra la voluntad materna; entre penumbras ve hombres lanzando bultos al fuego, escena que le quedará grabada acompañada del olor

49 Pacheco Tinoco, Abel. "En memoria de un gran ganadero". En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Conversaciones con la historia. Entrevistas*. Tomo VII. Editorial Maya y PZ, p. 70.

50 Murillo Vargas, Juan Ramón. "¡Acharita los muertos!". *Niñas y niños del 48... Óp. cit.*, pp. 671-672.

51 Echeverría Bonilla, Luis Paulino. "Cuando se frustra la inocencia". *Ibid.*, p. 701.

52 Pérez Biel, Juan Manuel. "Lágrimas en el corazón". *Ibid.*, p. 783.

53 Ponchner Lechtman, Carlos. "Recuerdos de 1948". *Ibid.*, p. 720.

particular de la carne humana quemándose.⁵⁴ Varios de estos niños y niñas de entonces se recuerdan en medio de balaceras, en Limón, Cartago, San José y Alajuela, y repetidas veces aparece un adulto, casi siempre la madre, pidiéndoles u ordenándoles no mirar lo sucedido ante sus ojos. La sangre aparece repetidamente en estos recuerdos. Un niño se revive caminando en un charco de sangre en un cuartel josefino, y otro evoca a su madre lavando la sangre del corredor de su casa. En un relato, la memoria infantil retiene el hilo de sangre dejado por un camión que transportaba heridos y muertos. Vivencias de este tipo hacen biografías y, por lo tanto, subjetividades; tienen consecuencias futuras diversas.

En ocasiones, la huella posterior no corresponde a la exposición directa a un evento violento, sino a la manera como quedó gravitando en un grupo. Un hombre, que por aquellos días estaba en el vientre materno, reproduce años después un relato de su madre, quien recordaba sentir el horror de su respectiva madre (la abuela) encima de ella, protegiéndola con su cuerpo tembloroso de las balas silbantes.⁵⁵ El relato de un miedo que pasa de un cuerpo a otro y es recogido en palabras por el no nacido, pone un puente entre tres generaciones. Otro nonato rememora la expresión con la cual su abuela intentaba calmar a su hija, angustiada de todo lo que se oía sobre la guerra: *Es la teta la que les pasa* (a los niños) *los nervios de la madre*. Este niño crecerá con historias abundantes sobre el 48 y también con miedos; fue bautizado con un nombre de la época: Otilio.⁵⁶

Otros costos dolorosos vienen de la ruptura o disolución de lazos personales, por ejemplo, cuando el pariente o el vecino próximo eran homologados con el enemigo; quien

54 Carpio Acuña, Ligia. "Entre juegos, ríos y la revolución." *Ibid.*, pp. 804-805.

55 Biamonte Castro, José Manuel. "Un niño del 48". *Ibid.*, p. 756.

56 Umaña Chavarría, José Otilio. "Del cuarenta y ocho me ha quedado un nombre". *Ibid.*, p. 648.

se involucra en la dinámica violenta tenía la posibilidad de toparse con un conocido o un familiar en el lado contrario. En los relatos aparece la referencia a hermanos, primos, y parientes políticos ubicados en lados opuestos, algunos se dispararon y hasta se hirieron.⁵⁷ En los recuerdos de un niño aparece la mención de dos hermanos heredianos que se enfrentaron en Puerto Soley, en diciembre de 1948; uno de ellos, el del bando perdedor, salió del país y murió en el extranjero. El que estuvo en el lado opuesto de la línea de fuego fue herido gravemente en el pecho, y una mano le quedó dañada de por vida.⁵⁸ Esta remembranza es confirmada por otros dos testigos, de manera independiente. Uno agrega que del lado del hermano gravemente herido estuvo también un tercer miembro de la misma familia, un primo u otro hermano; el otro testigo menciona que el hermano que se marchó del país impidió el fusilamiento de prisioneros, entre ellos estaba su hermano herido y su primo.⁵⁹ No fue el único caso de hermanos-enemigos que hubo en Puerto Soley. A lo largo del conflicto hubo otros casos semejantes.⁶⁰

Los hermanos-enemigos muestran, de forma extrema, cómo las redes familiares se tensaron y resquebrajaron en relaciones de amigo-enemigo, o cuando menos en relaciones de hostilidad; muchas personas dejaron de ser quienes antes habían sido para otras. En virtud del mimetismo hostil, lazos personales fundamentales fueron desconocidos, al menos temporalmente. *Familias enteras se minaban*, dice un testigo, se

57 Daniel Gutiérrez Gutiérrez y Carlos Leiva Ortuño. En: Villegas Hoffmeister, Guillermo. *El Gobierno sobre las armas*. *Óp. cit.*, p. 105.

58 Cambronero Vindas, Roberto. "Años de infancia y siglos de guerra". En: *Niñas y niños del 48 escriben*. *Óp. cit.*, p. 871.

59 "Óscar Saborio Alvarado. El empresario, el revolucionario y el político". En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Conversaciones con la historia. Entrevistas*. T. VII. *Óp. cit.*, pp. 134-135. También: Mora Quesada, Eduardo. *Los días amargos*. *Óp. cit.*, pp. 89-90.

60 Hernández Padilla, Yamileth. Recuerdos de mi niñez y del 48. *Niñas y niños*. *Óp. cit.*, p. 220.

astillaban o se fragmentaban.⁶¹ Los ejemplos abundan. En un caso entre varios, un pariente político le dice a otro que la familia ha dejado de existir, porque hay guerra, y acto seguido lo mete en prisión; luego se le pagará con la misma moneda.⁶² En otro, una niña recuerda el temblor que le produjo escuchar a su abuelo gritar: *me voy de esta casa, yo no puedo vivir más con ulatistas*, y se marchó. Los “ulatistas” eran para él su nieta pequeña y sus padres, pero también quienes incurrieran en actos de terrorismo. Todo era lo mismo, se borraban las diferencias.⁶³ Una niña que le llevaba ropa y comida a su padre preso encuentra entre los guardas a un tío materno; con la esperanza de recibir ayuda se dirigió a él, pero la reacción del tío fue lanzar la comida al suelo y patear la ropa limpia. Ya sucia, la recogió para que se la diera al padre, su cuñado.⁶⁴

Con la defensa de la distancia temporal y la voz de un niño o niña, alguna gente admite sus propios deseos de muerte, dirigidos entonces contra familiares, por motivos políticos, o describe lo que era sentirse odiada por parientes y conocidos.⁶⁵ Muchas personas se descolocaron respecto al lugar que tenían en los mapas personales de referencia, y acto seguido desconocieron las consideraciones esperables de ellas para con quienes estaban unidos por sangre o por alianzas. Lo acontecido en estos años sirve para ilustrar la facilidad con la cual la institución familiar puede ser conmovida en sus cimientos por un proceso social, incluso cuando al mismo tiempo se reivindicaba la familia como base del orden social.

Los odios produjeron divisiones en todos los niveles de la escala social. El caso de una familia prominente, mencionado

61 Cordero Croceri, José Rafael. *Memorias...* *Óp. cit.*, p. 89.

62 Carballo Vargas, Sonia. “Nuestra revolución del 48”. En: *Niñas y niños...* *Óp. cit.*, p. 563.

63 Castro Villegas Claudia. “Los hechos del 48 vividos por una niña de siete años”. *Ibid.*, p. 575.

64 Madrigal Porras, Liduvina. “Escazú y el 48”. *Ibid.*, p. 328.

65 Valverde Monge, José Eliseo. “Un niño policía”. *Ibid.*, pp. 296-297.

en dos relatos, representa a muchos otros.⁶⁶ Miembros de la rama familiar derrotada fueron perseguidos y acusados; uno de sus integrantes tomó parte en la invasión de diciembre de 1948, dispuesto a enfrentarse al otro sector de la familia. En no pocas ocasiones, las divisiones separaron la familia del padre y la de la madre, haciendo del hogar una réplica de la situación general y, por lo mismo, un pequeño infierno.⁶⁷ En un caso repetido con pequeñas variantes, la madre quedó de un lado y el padre del otro; sus hijos quedaban en medio, sin saber cómo orientarse. Sabemos de padres e hijos que tomaron partidos opuestos y también de familias que se compactaron en disputas contra otras. Algunos clanes familiares alineados en un sentido vieron a uno de sus miembros cruzar hacia las líneas opuestas; por lo menos en una oportunidad la represalia tomó la forma de violencia en contra del familiar desleal.

Una presión externa hizo que los afectos hostiles procedentes del mundo político ensancharan o crearan grietas en el mundo privado y personal. Todavía en el año 2007, un adolescente de aquellos días relataba en la prensa un episodio en el cual una tía de su padre querida entonces y todavía respetada, cincuenta años atrás señaló su casa, gritando a toda voz que quienes allí vivían eran mariachis caldero-comunistas. Esto sucedió a fines de abril de 1948. En los días siguientes, el joven fue golpeado y su padre apresado.⁶⁸ Lo sucedido fue lo suficientemente impactante como para seguir resonando casi sesenta años después.

66 Castro Villegas Claudia. "Los hechos del 48 vividos por una niña de siete años". *Ibíd.*, pp. 585-586. También: "Orlich, Romano. El roble de Sarapiquí". En: Rodríguez Chaverri, Camilo. *Grandes personajes bananeros de la historia costarricense. Entrevistas*. Tomo II. Editorial Maya y PZ., pp. 171-173.

67 Borges Carvajal, Carlos. "Mis recuerdos del 48. Manuel de Jesús". *Niñas y niños... Óp. cit.*, p. 931 y ss.

68 Guier, Fernando. "La década de 1940." *La Nación*, 26/5/2007, p. 31 A.

Este cuadro debería complementarse con lo que se sabe de lo ocurrido en la vida de las comunidades. La polarización alcanzó pueblos de apenas unos pocos cientos de almas. Las divisiones y enemistades se condensaron en personas que hostigaban y maltrataban a sus vecinos por su color político. Los apellidos de algunos personajes, o sus sobrenombres, se recogen en las memorias como emblemas de crueldad y alevosía.⁶⁹

La tragedia y la catástrofe

Es desde este tipo de vivencias que algunas personas implicadas hablarán de una *tragedia en la familia costarricense*. Para muchos, en ese momento ocurrió una *gran ruptura* en su vida, un tránsito brusco desde un mundo casi siempre idealizado, recordado como amable, tranquilo e incluso feliz, a otro poblado de rencores, miedos y peligros. Ocurrió un quiebre que transformó muchas vidas, y también el país.

La fractura de las relaciones de cercanía y amistad introdujo desconcierto e incertidumbre, lo conocido-familiar se volvió extraño. Muchas personas se transformaron en seres aborrecibles o temibles para otras. La dinámica política y la violencia ascendente movieron los puntos privados de referencia y al mismo tiempo trastocaban los referentes colectivos: pleitos callejeros continuos, golpes, discusiones interminables e insultos, disparos, heridos con machete o cuchillo, atentados, registros y asaltos de viviendas, amigos convertidos en enemigos “sin saber por qué”, disputas familiares, parientes que no se volvían a visitar, pulperos que perdían parte de su clientela y clientes cuyos pulperos no les vendían más, vecinos insultándose o difamándose, cambios de casa o de pueblo,

69 Fallas Aguilar, Jorge. “Un tigre en el Puerto”. En: *Niñas y niños. Óp. cit.*, p. 926. También: Alvarado Cerdas, Jorge. “Una guerra mal llamada revolución”. *Ibíd.*, p. 56.

maestros que discriminaban a unos niños por el color político de la familia, cierres de centros de educación por divisiones entre los docentes, preguntas y sospechas sobre la filiación política del cura del pueblo.

La forma como lo cotidiano-conocido se transmutaba dejaba sin palabras: *Ahora que estoy reviviendo aquellos tiempos, recuerdo, aunque no puedo expresarlo con palabras, lo que yo sentí cuando presencié tanto maltrato y tanto dolor. Recuerdo que lloraba mucho pues ya ni tenía ganas de hablar, ni de reír, ni de salir a la calle porque la gente no era igual, en las noches no se podía dormir tranquila.*⁷⁰ La nueva situación no podía ser atrapada con las palabras de siempre; a la vez, introducía otras nuevas, vocablos poco usados o desconocidos empezaron a correr de boca en boca. El término *blackjack*, por ejemplo. Los nombres de algunas personas evocaban reacciones positivas o negativas casi inmediatas. Los adultos conversaban sobre cosas que preferían no mencionar delante de los niños: de asesinatos, fusilamientos, mutilaciones y violaciones. Los acontecimientos, dice un testigo, y lo confirman otros, trajeron palabras que *golpeaban hondo los tejidos afectivos*.⁷¹

Por la fuerza con la cual estos hechos trastocaron muchas vidas, se podría decir que el año 48 tuvo un significado similar al de una catástrofe. En los mitos estudiados por Girard, los encadenamientos humanos trágicos suelen ir acompañados de pestes, plagas, sequías o inundaciones; la naturaleza sublevada expresa en ellos un conflicto humano profundo. En los relatos disponibles, este año aparece frecuentemente asociado a una catástrofe natural. La gente se recuerda en medio de un *mar abatido por furibundas tempestades*.⁷² Los

70 Madrigal Porras, Liduvina. "Escazú y el 48". *Ibid.*, p. 327.

71 Cerdas Cruz, Rodolfo. "Ángeles con carabina". *Ibid.*, pp. 134-135. También: Murillo Vargas, Juan Ramón. "¡Acharita los muertos!". *Ibid.*, p. 661 y ss. Asimismo ver: Echavarría Campo, Olga. "Parte de mi infancia entre risas, paisajes y balas". *Ibid.*, p. 572.

72 Murillo Vargas, Juan Ramón. "¡Acharita los muertos!". *Ibid.*, p. 664.

odios incandescentes son comparados con *la irrupción de un volcán bajo los pies, donde se pensaba que solo había zacate verde y flores*.⁷³ No son imágenes gratuitas. Después del terremoto de 1910, fue el suceso que provocó el mayor número de muertes violentas en el siglo XX. En este sentido, podría decirse que el 48 fue el epicentro de una *catástrofe social*.

La figura de la catástrofe social puede complementar el concepto de tragedia esbozado; remite a una cadena de eventos de una magnitud desconocida, la cual causa alteraciones bruscas y profundas en un entorno. Es una situación humanamente provocada capaz de tomar distintas formas, desde una guerra o una matanza étnica hasta una crisis económica. Consustanciales a la idea de catástrofe son las dimensiones de lo ocurrido y por lo tanto las pérdidas: humanas y materiales, afectivas y simbólicas. Las catástrofes sociales dejan heridas y secuelas, señales en el espacio físico y social, en la piel y en la intimidad. Establecen un antes y un después. Algo imprevisto, contrario o muy distinto de lo cotidiano-familiar, relevante por sus proporciones y su significación, originado en un orden político-cultural que al mismo tiempo resulta desbordado, irrumpe con una fuerza la cual supera los recursos para su representación a disposición de las personas y del colectivo. Buena parte del contenido de los relatos y testimonios se podría traducir en estos términos.

Al igual que las catástrofes a veces equivocadamente atribuidas a la naturaleza, las sociales tienen costos emocionales de distinto tipo. Interrumpen la existencia habitual y amenazan con destruir el hábitat cotidiano, minan el sentimiento de confianza en los otros, traen consigo sucesos que no son codificables dentro de los parámetros aportados por la cultura, atentan contra la integridad física de las personas y de sus seres queridos. Algunos de ellos son momentáneos, otros tardan en

73 Lizano Porras, Ana Rosa. "Remembranzas". *Ibid.*, p. 536.

ser procesados o pueden dar pie a complicaciones diversas. Las vivencias traumáticas, en particular, se expresan en un retorno de imágenes, en re-esценificaciones de lo vivido, en lagunas en la memoria, en señales que desatan estados de alerta y pánico, en una pérdida de la palabra. Ante la dimensión o la particularidad del hecho desorganizador, los afectos liberados no pueden ser integrados en la organización yóica.⁷⁴ Una exigencia desmedida desborda el aparato psíquico; la vivencia no puede ser elaborada, queda descontextualizada, desnuda. Aquello no simbolizado dentro de una red de sentido compromete el pensamiento y obstruye la memoria.

Las rupturas o quiebres de lo asumido como normalidad abren un espacio para cuadros de ansiedad y de estrés, y para un sinnúmero de otras posibilidades, según sean los recursos psíquicos con los cuales se cuente.⁷⁵ Las catástrofes sociales abren o profundizan conflictos intrapsíquicos. Dilemas no resueltos en el curso del proceso de maduración pueden cobrar nuevas expresiones y renovada fuerza. Igualmente, la exposición temprana a un evento significado como extremo, por sí mismo o a falta de un otro que anticipe las necesidades del bebé y le dé sostén emocional, puede inaugurar un proceso patológico; experiencias traumáticas posteriores pueden caer sobre esta vulnerabilidad primera asociada a la ausencia de figuras mediadoras “suficientemente buenas”. Los teóricos de las relaciones objetales han llamado la atención sobre las consecuencias de la interiorización de las dinámicas destructivas en las cuales un ser humano puede quedar envuelto, particularmente en la niñez.⁷⁶ Dentro de la línea de la psicotraumatología, algunos autores han indicado que un trauma

74 Holderegger Hans. *Der Umgang mit dem Trauma*. Klett-Cotta Verlag. Stuttgart. 1993, pp. 13-48.

75 Benyakar, Mordechai. *Lo disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante las guerras, terrorismo y catástrofes sociales*. Biblos. Argentina. 2003, p. 37 y ss.

76 Küchenhoff, Joachim. “Trauma, Konflikt, Representation”. En: Schölöser Anne-Marie y Höfeld, Kurt. *Trauma und Konflikt*. Psychosozial Verlag. Giessen. 2000, p. 15 y ss.

puede aparecer en la prehistoria de algunas psicosis o incluso estas pueden ser la expresión inmediata de un trauma.⁷⁷ Una tesis que tiene tradición, remite al debate sobre las llamadas neurosis/psicosis de guerra inaugurado durante la Primera Guerra Mundial.

Los efectos de los eventos sociales catastróficos marcan profundamente la biografía de niños y adultos, y pueden reorientar sus vidas de una manera nueva e imprevisible. En la doble perspectiva de la vivencia amenazante y del conflicto, las catástrofes sociales inauguran procesos psíquicos inéditos y aceleran procesos ya preformados. Lo que le ocurrirá a la gente depende de la calidad, fuerza y extensión del golpe, o de los golpes, y del terreno cultural, vital, social y subjetivo sobre el cual aquellos caen. Cada uno de estos planos tiene su propia complejidad. Medular es la forma como la experiencia catastrófica es procesada y representada.

Dos aspectos relevantes para nuestros propósitos son destacados por quienes han estudiado poblaciones afectadas por catástrofes sociales. Se ha resaltado que ellas alientan procesos de desidentificación, en tanto los lazos sociales se resquebrajan y se rompen.⁷⁸ Algo así puede suceder de manera automática e involuntaria, en razón de la desorganización social producida, o bien ser algo buscado. Un conjunto de vínculos puede ser desconocido, en tanto ellos se convierten en un obstáculo para la supervivencia personal, física o social, real o imaginada. Los lazos pueden ser considerados como obstáculos o cargas. Luego, en aras de la *autoconservación*, se dañan y dismantelan las redes sociales que habían dado sostén, referencia e identidad.

77 Seidler, Günther. "Auf dem Wege zur Psychotraumatologie". En: Seidler Günther & Eckart Wolfgang. *Verletzte Seelen*. Psychosozial Verlag. Huyesen. 2005, p. 27 y ss.

78 Intervención de Silvia Bleichmar en el panel "Conceptualización de catástrofe social. Límites y encrucijadas". En: Waisbrot, Daniel y otros. *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*. Paidós. Argentina. 2003, pp. 35-62. También: Bleichmar, Silvia. *Dolor País*. Libros del Zorzal. Argentina. 2002, p. 62 y ss.

La dinámica de los mimetismos malévolos de Girard tiene como acompañante una ruptura de lazos significativos inmediatos. El mecanismo grueso contiene este doble movimiento. Algo así no puede ocurrir sin algún tipo de conmoción de la propia identidad, sobre todo cuando la ruptura se da entre personas próximas; esta suele ser también, en otro plano, un desgarré íntimo.

Junto con los procesos relacionados con la autoconservación del yo, estarían aquellos otros relacionados con la *autopreservación* del yo. Quienes utilizan este concepto apuntan al esfuerzo del yo por mantener algún tipo de consistencia con una representación nuclear de sí mismo, incluso en las circunstancias más difíciles y adversas. La coherencia con los enunciados que aportan identidad es muchas veces más importante que las ganancias propias de una posición social, o incluso que la vida misma. No todas las personas hacen suyos los impulsos asociales que las situaciones extremas favorecen. Los momentos límite obligan a la gente a tomar decisiones que ponen a prueba sus códigos éticos. Quien trata de conservar algo de consistencia en circunstancias donde hay pérdidas significativas o las exigencias para sobrevivir son inusuales, debe enfrentar dilemas difíciles de manejar conforme a los valores que sostienen la imagen de sí mismo. La coherencia también tiene su precio y puede ser muy alto.

Gran parte del material disponible sobre el 48 podría ser pensado con estos puntos de referencia. Si ponemos la atención en las contradicciones entre los impulsos de autopreservación y de autoconservación, nos equipamos con una lente para empezar a explorar esos silencios llenos de miedo y de vergüenza que han durado cincuenta años y más, al igual que los saltos, vacíos y contradicciones presentes en muchos relatos. Podemos aproximarnos mejor a la situación de aquellas personas calificadas de “traidoras”, “pancistas” o “volcadas”. Algo así no excluye la exploración de las microdinámicas

psíquicas individuales, cuando tal cosa fuese posible. Como hemos visto, alguna gente vio emerger entonces un lado suyo desconocido, con implicaciones de por vida. Otra lo descubrió en personas que creía conocer. A la par están quienes rehusaron a desidentificarse con lo que creían ser, y contra viento y marea trataron de mantenerse en una ruta contraria o distinta de aquella hacia la cual llevaban los odios.

En muchos testimonios, se mencionan hechos *espantosos o terribles*. En ocasiones, estos calificativos indican la ausencia de palabras adecuadas para comunicar lo vivido y, algunas veces, la presencia de conflictos nunca resueltos. La apelación a lo terrible puede ser una forma de preservar el silencio y de no tocar heridas mal cerradas, o un indicio de algo que nunca pudo ser procesado e integrado psíquicamente. Entre el silencio y las palabras empleadas encontramos toda una gama de posibilidades. Diez años después de la guerra civil, una niña observaba que cuando los adultos hablaban del 48 hacían lo posible por entretenerse en comentarios vacuos o divertidos, en un intento por evitar los “malos recuerdos”. Lo que empezaba jocosamente con frecuencia terminaba en rostros tristes, suspiros y lágrimas en las mejillas; la conversación concluía hundiéndose en el silencio. Para la niña nada quedaba claro. Faltaban palabras. Complemento de estas escenas es lo que ella misma llama *el trauma* de sus hermanos mayores, aquejados de un gran miedo a la oscuridad; al parecer, eran miedos asociados con aquello vivido por el grupo familiar en San Isidro de El General durante los días de lucha. La niña los hizo suyos aunque no había nacido cuando todo ocurrió.⁷⁹

La palabra trauma aparece con alguna frecuencia en los relatos. En ocasiones, se emplea como sinónimo de lo angustiante, por ejemplo, un presente invadido desde el pasado por imágenes y sentimientos que se rehúsan a transformarse en

79 “El hueco de la guerra”. En: *Niñas y niños... Óp. cit.*, pp. 451-453.

historia.⁸⁰ A veces está ligada con historias incansablemente repetidas. Algunos hijos percibieron cómo sus padres abrigan penas carentes de palabras, e interpretaban que su silencio tenía un propósito protector, evitar que sus dolores los alcanzaran y contaminaran. Algo parecido al mandato de “no mirar lo que sucede” puesto en boca de varias madres. Otras niñas y niños, por el contrario, serán casi saturados por los relatos de sus mayores y llegarán a la adultez con ellos, como si fuesen parte de sus propias vivencias; muchos crecieron con una versión de los hechos nunca contrastada públicamente. Un acompañante de las palabras que se quedan cortas o se repiten, es la memoria agujereada o distorsionada. Eventos con una duración precisa se alargan en el recuerdo toda una eternidad, amplificando al mismo tiempo algunos contenidos particulares, en detrimento de otros: la fuerza de ciertos sonidos y ruidos, o la intensidad del miedo sentido.⁸¹ A veces, por el contrario, días y semanas son casi borrados, dejando en su lugar una nebulosa.⁸²

Podemos hablar entonces de un proceso político que llevó a gran cantidad de gente a distanciarse y separarse de los suyos y en algunos casos a renegar de ellos, en virtud de la mimesis con un bando político y un caudillo. Un estudioso de las situaciones extremas menciona una convergencia entre procesos de *des-socialización* (ruptura de lazos) y *desindividualización* (identificarse con un colectivo mayor para actuar desde él).⁸³ Estos términos también serían apropiados para describir parte de lo presentado.

80 Castro Villegas Claudia. “Los hechos del 48 vividos por una niña de siete años”. *Ibid.*, p. 587.

81 Barrientos Guerrero, María Elena. “De dónde vengo”. *Ibid.*, pp. 963-969.

82 Sáenz Ferrero, Elsa y Sáenz Ruiz, Nidia. “Mis recuerdos del 48: una toma de conciencia”. En: Sáenz Ferreto Adela y otros. *Otras voces del 48*. EUNA. Heredia. 1998, pp. 27-29.

83 Dupuy, Jean-Pierre. *El pánico*. Gedisa. España. 1999, p. 41 y ss.

Una situación de rasgos trágico-catastróficos, como fue la nuestra, dejará huellas en las generaciones siguientes. Una parte de estas pasará por las simpatías o animadversiones político-partidistas, pero no se agotan en ellas. Por lo mismo, no van a desaparecer cuando las viejas alineaciones políticas pierdan su fuerza. Corresponden a otro registro y nivel de vivencia.

Pasado el epicentro de la catástrofe, los supervivientes se enfrentan a la tarea de rehacer su vida. Para ello, se requerirá de algún tipo de estrategia personal con la cual reconquistar algo de coherencia interna y volverse a colocar en el escenario social. Alguna gente tendrá éxito y otra no. Para los perdedores y los derrotados, cuando se trata de tragedias sociopolíticas, resulta mucho más difícil integrarse a la normalidad de los vencedores, de ser posible. Cabe esperar muchas complicaciones.

A veces, la elaboración de lo ocurrido puede ser acompañada de un ensimismamiento que se confunde con la depresión, y la depresión real tiene la posibilidad de vestirse, en ocasiones, de un ensimismamiento por motivos políticos. En otros momentos, también se recurre a estrategias que fallan o son inadecuadas, las cuales acarrearán nuevas complicaciones. Por ejemplo, cuando el esfuerzo por neutralizar los efectos dolorosos de lo vivido requiere de prótesis externas, como lo son las adicciones.

Por otro lado, la elaboración individual, silenciosa y lenta choca con límites cuando no hay un esfuerzo social que la acompañe, la facilite y la valide.

En varios de los relatos disponibles, el miedo es nombrado o insinuado como la causa de un desfase entre los dramas y penurias vividas en carne propia y la insuficiencia de las explicaciones disponibles sobre cuanto pasó. Al miedo se le imputa una incoherencia que perdura, pero la explicación puede ir también por otros caminos. En una historia aparece

la sospecha de que no es solamente el miedo individual el responsable de tal discordancia, algo más se interpone. Un niño de aquellos años escribe:

Pero siento que hay una nebulosa dentro de mi mente. No sé si por ignorancia académica o por bloqueo psicológico, todo lo que ocurrió en la revolución no me queda claro. Podría ser que a nuestros políticos no les interesa que conozcamos la verdad o ellos también la desconocen. En fin, no sé. Tengo conciencia de que la mayoría de los costarricenses con los que hablo ocasionalmente tampoco lo tienen muy claro. No sé cómo se resolvió el enorme dolor causado por la pérdida de innumerables vidas humanas, de familias destruidas, de familias fragmentadas, de empresas desmanteladas, de pérdidas materiales, etc. No sé cómo un liberacionista puede convivir con un pariente mariachi que segó la vida de un pariente cercano, ni viceversa. No sé si se resolvió el enorme trauma emocional que ocasionó la revolución a todos los costarricenses.

Se me enseñó que el resultado de la revolución fue bueno, que las consecuencias fueron las buscadas, que los actos ocurridos, a la luz de las condiciones actuales, están completamente justificados. Tengo dudas. Pero sí estoy seguro de una cosa y es que ahora que me encuentro en los umbrales de la tercera edad, con esposa, con tres hijos y un nieto, no deseo para ellos ni para ningún compatriota costarricense la traumática experiencia de otra revolución.⁸⁴

Estas preguntas son claves para este trabajo, perdura una ignorancia. Dos veces aparece la palabra trauma en este texto. Cincuenta años después seguían existiendo muchas cosas incomprensibles, preguntas para las cuales no se le han encontrado respuestas convincentes. El rompecabezas

84 Ponchner Lechtman, Carlos. "Recuerdos de 1948". En: *Niñas y niños. Óp. cit.*, pp. 722-723.

no se ha armado. Este adulto continuaba en un esfuerzo de re-simbolización, buscando palabras para capturar lo que escapaba a ellas. En cierto sentido, este hombre esperaba la oportunidad de una elaboración que la sociedad costarricense de la segunda mitad del siglo XX no se podía permitir, pues significaba exponer su talón de Aquiles. La paz política del presente requería del retorcimiento y del sacrificio de la memoria. El recuerdo de los tejedores bien intencionados no se debía perturbar. Sobre él se montó una institucionalidad, un nuevo orden legítimo.

Este texto también remite a otras de las dificultades con que tropieza la elaboración, quien lo escribió tenía seis años en 1948 y es judío; unos años antes las familias de su madre y su padre habían sido asesinadas en Polonia. Con esta mención comienza este hombre su relato y al final, luego del párrafo citado, habla de una superposición entre el estado de *paranoia nacional* entonces existente y su *paranoia judía*, aquella que venía de la historia familiar. Cada quien participaba de aquel momento con una historia singular, la cual, como veremos, es en muchos casos central para entender los enganches desiguales en la dinámica trágica; y a veces, las menos, también la negativa a sumarse a ella.

A manera de cierre

El concepto de tragedia y la figura de la catástrofe social coinciden en presentar un cuadro de desborde, las fronteras de lo conocidos son sobrepasadas. En los testimonios disponibles aparece recurrentemente la idea de un *desborde de los odios*.⁸⁵

85 Calderón Fournier, Rafael Ángel. *A través de los ojos de un mariachi nacido en el exilio*. Instituto Costarricense de Estudios Políticos. San José, p. 7 y ss.

Sin embargo, antes de eso, o a la par, aconteció un rebalse de la institucionalidad vigente, al punto de inutilizarla.

Como fue mencionado, al rebalse contribuyeron factores precipitantes externos, como casi siempre sucede. Hubo un sedimento social e institucional que, desequilibrado e inutilizado, no pudo frenar el choque violento. Las representaciones del país-arcadia y del país-oasis, presentes al principio y al final del período convulso, fueron neutralizadas y redirigidas a favor de la hostilidad y la violencia. Con acentos específicos, el argumento del pasado bueno fue utilizado por los dos bandos para sus respectivos propósitos. Si en algún momento se mostró la reversibilidad y la corruptibilidad del discurso de la paz, las posibilidades de manipularlo, en una u otra dirección, fue en estos años. Se usó para defender los fraudes electorales y también para llamar a la guerra. Y, llamativamente, salió fortalecido. Esto es algo que no deberíamos perder de vista.

Cuando el antagonismo se aproximó a su clímax, las salvaguardias y defensas extra jurídicas que apoyaban del orden instituido colapsaron y no pudieron cumplir su función. En años anteriores, habían logrado contener los efectos de las dosis de violencia inherentes a un sistema electoral débil y a una cultura política caudillista, evitando que las tensiones sociales y políticas treparan a niveles imposibles de manejar. Después de los Tinoco, existió una importante sensibilidad en ese punto, pero no era suficiente. Una vez neutralizado o redirigido el imaginario del país de paz no hubo palabras oportunas y efectivas contra la violencia, ni se pudieron activar los viejos rituales preventivos y curativos, los cuales disponían los conflictos episódicos al servicio de la cohesión social. Tal era el caso del ritual del pacto, el cual obligaba a todos a deponer oportunamente algo para garantizar algo mayor y, en casos más graves, el ritual del perdón y el olvido, con su consecuencia más importante: la amnistía política general. La activación de estos dispositivos de seguridad dependió siempre de la

reacción oportuna y de la legitimidad del Poder Ejecutivo. A fines de los años cuarenta carecía de lo uno y lo otro.⁸⁶

Con la palabra desborde, nos colocamos ante una situación especial en los marcos de experiencia de entonces. El desborde es registrado con términos diversos: “algo cambió abruptamente”, “hubo un giro inconcebible”, “ocurrían cosas que no podían estar pasando”, “fue una pesadilla sin contornos”⁸⁷. El tono y el contenido de la mayoría de los relatos sugieren que los sucesos fueron vividos como un abandono momentáneo de la realidad o como un ingreso a otra, a una imposible, de pesadilla.

Se dice que los campesinos mediterráneos hablaban de sobrepasar o saltar la “lira” cuando un labrador se salía de la porción de tierra preparada para el sembrado. El trabajo fuera del surco era, según esto, un exceso improductivo. La palabra delirio, deriva del latín *delirare*, cuyo significado es apartarse del surco o desbordarlo.⁸⁸ El delirio es un elemento fundamental en la caracterización de la psicosis; para mis propósitos, esta mención solo interesa en función de imaginar lo que pudo representar nuestro desborde trágico en la vida de la población.

Según los testimonios, al acentuarse la polarización, gran cantidad de gente se fue aproximando a un mundo de evidencias irrefutables, blindadas a los argumentos que las podían aflojar y relativizar. La capacidad para discernir quedó seriamente comprometida; en el despliegue de la escalada hostil, todo acto, propio o ajeno, fue objeto de una interpretación precisa y en muchos casos anticipada. Si de un lado la disolución o alteración de los vínculos sociales producía miedo y desconcierto, del otro, el alineamiento político se basaba en certezas, en encasillamientos inamovibles de “nosotros” y de

86 Solís, Manuel. *La institucionalidad ajena... Óp. cit.*, pp. 389-393.

87 Rodríguez Quesada, Elieth. “Mi vivencia del 48”. *Niñas y niños... Óp. cit.*, p. 601.

88 Bodei, Remo. *Las lógicas del delirio. Razón, afectos, locura*. Cátedra. España. 2002, p. 9.

“los otros”. Consignas como la del “ojo por ojo y diente por diente” reposaban en la seguridad de que unos representaban el bien y otros el mal. Poco a poco, se llegó al convencimiento de que la sangre era inevitable; el otro, juzgado moralmente de la peor manera, debía desaparecer. Parecido a los niños, los adultos veían todo en constelaciones de malos y de buenos. Las certezas-convencimientos nutrieron los antagonismos y estos se tradujeron a su vez en actos, los cuales verificaban lo inicialmente presumido.

Como se puede seguir en los testimonios y en la prensa de la época, surgió una segunda realidad habitada por figuras culturalmente conocidas: el bien luchando contra el mal, Dios enfrentado al demonio, una Patria-Paraíso a punto de ser engullida por la serpiente, fantasías de martirio y redención, convicciones que justificaban levantar la espada de fuego y gente dispuesta a comportarse como arcángeles.⁸⁹ En los testimonios encontramos evidencias repetidas sobre quienes fueron a la lucha asumiendo su eventual sacrificio como la participación en algo mayor, trascendente, unas veces igualado a la Patria y otras a la voluntad divina.

Por los relatos, sabemos también de personas que no se instalaron en esa realidad hecha de certezas y de suspicacias, y conservaron la cordura suficiente para no sumarse a las hostilidades contra los vecinos o conocidos, que lograron diferenciar y diferenciarse, y ayudaron a quienes lo requirieron, sin reparar en su filiación política. No sabemos cuántos actuaron así, solamente que no fue un grupo lo suficientemente importante como para detener o desviar las agresiones en ascenso.

El extremo opuesto, más fuerte y decisivo, puede ser representado por el periodista Otilio Ulate, candidato a la presidencia

89 Cordero Rojas, Óscar. *Diario: ecos de una revolución*. Editores Soley Hermanos. San José. 1948, p. 31 y ss. También: Ortuño, Fernando. *¿Por qué...? Óp. cit.*, pp. 59-61. Los dos se refieren a escenas muy parecidas, posiblemente a la misma.

en 1948. Él fue uno de los mayores contribuyentes a encender los odios. Sistemáticamente trabajó en contra de las inhibiciones culturales y naturales que dificultan a las personas causarse daño sin motivo alguno, especialmente cuando son los próximos-conocidos. Ulate hizo un trabajo de desvinculación y desindividuación con el objetivo de sumar gente a su favor; le dio a sus seguidores una identidad momentánea, contrapuesta a la de los contrarios. Gracias a su habilidad con la palabra, presentó los hechos de la manera más conveniente para él, sin importar lo grotesco del cuadro que dibujaba. No obstante, a diferencia de José Figueres y sus seguidores, nunca se comprometió a fondo con sus palabras ni con sus creaciones. Siempre osciló pragmáticamente. El recorrido final hacia la presidencia lo hizo levantando con una vehemencia artificial la figura de León Cortés, a quien presentó como una “víctima sacrificada”; así, contribuyó a la gestación de la leyenda del parricidio y a su corolario, la venganza del padre, aun cuando solo unos años antes se refería a Cortés como el antecesor autoritario de Calderón Guardia.

En 1947, Ulate llamó a sus seguidores a romper relaciones con sus vecinos y parientes de distinto color político, a segregarlos y excluirlos; simultáneamente se presentaba como un hombre anclado en una tradición de paz y democracia, una disociación peligrosa pero importante para entender cuanto ocurrió. Al final, cuando estalló la carga explosiva que tan decididamente contribuyó a sembrar, trató de negociar una salida política para no ser desplazado de la posición conseguida, como candidato-jefe de la oposición política. En ese momento, le fue pasada una factura que le costó la posposición de su período presidencial. Los giros fueron un rasgo de su vida; para entenderlos sería necesario ocuparse de su biografía.

Entre estos dos extremos quedaron el bien y el mal enfrentados a muerte y con ellos un núcleo duro de irrealidad; la forma como mucha gente se convirtió en cómplice de maltratos y

de agresiones, incluso cuando no halara ella misma ningún gatillo, no se entiende sin una instalación momentánea “fuera del surco”, en un terreno de pesadilla o cuando menos fronterizo entre la realidad y la irrealidad, construido al calor de una lucha política. Quienes rebasaron la lira encontraron así justificaciones fáciles para unos actos y excusas para otros. La mezcla de incertidumbre, sospecha, recelo y certezas inamovibles produjo una atmósfera colectiva que recuerda el cuadro de las personas pre-delirantes y delirantes en la literatura psiquiátrica.⁹⁰ Los hechos de violencia se sitúan en este contexto.

Al leer los testimonios, tropezamos con escenas difíciles de imaginar. Pensemos en el cuadro en el que se acaba con la vida de un joven porque escuchó de una operación militar que ya se había decidido *no hacer*, o los relatos en los cuales se habla de personas fusiladas por *sospecha* de ser espías. Está también la narración del bombardero improvisado lanzando cilindros cargados con explosivos desde un avión comercial, cuyo ayudante cayó al vacío junto con la carga de pólvora; luego de contar la aventura vivida, incluido el desplome de su aeroplano, este hombre se limita a decir *son cosas que le pasan a cualquiera*.⁹¹ Años después, un niño de la época recupera una imagen *hasta el día de hoy grabada en mi mente*: la de un grupo de mujeres (madre, hermanas, abuela) corriendo desesperadamente por los aposentos de una casa, con una imagen de la Virgen de los Ángeles en las manos, suplicándole al cielo por los varones que huían, y a quienes se les disparaba.⁹² Estos recuerdos, “grabados en la mente”, pertenecen a la realidad entonces vivida por quienes los rescatan con sus testimonios. Son ejemplos multiplicables sin dificultad.

90 Una reflexión sugerente al respecto se encuentra en: Cancrini, Luigi. *Océano borderline. Viajes por una psicopatología inexplorada*. Paidós. España. 2007, pp. 46-51.

91 Murillo Monge, Miguel Ángel. “Remembranzas de 1948”. *Niñas y niños del 48... Óp. cit.*, p. 250.

92 Rivera Acuña, Jorge. “Mata de Plátano en 1948”. *Ibid.*, p. 377.

El estado de desborde dice de la subjetividad de los actores situados en el centro del remolino; de ambos lados hubo personajes para los que alcanzar o retener el poder era una necesidad imperiosa desde el punto de vista de su economía psíquica. En uno y otro bando encontramos gente a la cual los primeros le ofrecieron un espacio para actuar conflictivamente de muy distinta naturaleza, a la par de esas personas expresamente reconocidas como *perturbadas*, reclutadas en el curso del proceso político; muchas personas se comportaron de manera antes inimaginable para ellas mismas. En medio queda una cantidad imprecisa de hombres y mujeres desestabilizados psíquica y emocionalmente, afectados y afectadas por hechos singulares o por la atmósfera de antagonismo y miedo que cristalizó.

Alguna de la gente, presumiblemente no mucha, tratará de entender luego, con mayor o menor éxito, lo que hizo y por qué lo hizo. Otra quedó aferrada a las lecturas de entonces, aunque a veces cambiando de bando en los años siguientes. Para muchas personas estos años dejaron dolores perdurables y, quizá, preguntas sin respuestas.

La segunda realidad y la violencia dejaron una estela dolorosa. En los relatos se habla de sentimientos horribles que vuelven al cabo de los años, de llantos involuntarios cuando se le quiere contar a los hijos lo vivido o cuando se rememora, de malestares físicos que aparecen en determinados momentos y de daños corporales permanentes, de miedos infundados, de insomnio y pesadillas, de duelos prolongados o nunca cerrados, de mutismos inamovibles, de reacciones de tipo fóbico, de cuadros melancólicos o depresivos, de culpas y autorreproches, de reacciones xenófobas hacia los nicaragüenses, de conflictos de conciencia, de familias desgarradas en las más diversas formas, de gente que se alcoholiza.

Tenemos referencias a personas que “casi se volvieron locas” en los lugares de lucha y a gente necesitada de aislamiento una

vez concluido el conflicto. También de niños que resienten la ausencia o desaparición de un padre o un hermano, madres guardando luto por sus hijos muertos, niños heridos y muertos, vecinos y conocidos alcanzados por balas perdidas y gente que cargará toda su vida con imágenes punzantes o macabras; niños y niñas crecieron con temores imprecisos y otros expuestos a relatos interminables sobre los horrores de la guerra vivida por sus mayores. Tenemos preadolescentes y adolescentes que se hicieron adultos rumiando una posible venganza o anhelando una justicia que nunca llegó; amarguras y resentimientos abiertos, tragedias y dificultades familiares, dolores proyectados sobre otros y hasta la mención de una persona que perdió la memoria por el resto de la vida. Están los indicios de mujeres violadas, de las cuales se sabe muy poco, pues la capa de silencio es particularmente espesa. A todo esto, debemos sumar aquellos sujetos que ya entonces aparecían como “exaltados” ante sus compañeros, responsabilizados de crímenes que ninguno de los testigos quiso o pudo evitar.

Principalmente, es la segunda generación la que toma la palabra para hablar de lo ocurrido en las familias. De los ochenta y cinco relatos publicados en *Niñas y niños del 48 escriben*, solo un número ínfimo tiene detrás padres que han escrito de sus vivencias de entonces; cuestión de oportunidad, pero también algo más. Se sabe de un padre, quien todavía sentía temor por las posibles consecuencias del relato que preparaba su hija para el *cincuentenario* del 48.

Ante los relatos y testimonios surgen algunas preguntas para las cuales no tenemos respuestas: ¿Cómo pudo la gente sobre llevar un momento así sin quebrantos mayores a los expresamente consignados en el papel? ¿Qué recogió la memoria y qué se borró de ella? ¿Qué se ocultó con conciencia, por miedo o por vergüenza? ¿Cuán profundas fueron las lesiones íntimas causadas, o abiertas, por lo que sucedido? ¿Qué más puede haber detrás de las lágrimas y los silencios? ¿Qué hizo la

gente con todo esto? ¿Qué se podría encontrar entre quienes nunca ha tenido la oportunidad de relatar su historia y menos de escribirla? ¿Qué pasa con la variable del género? ¿De qué manera particular fueron golpeadas las mujeres? ¿Dónde desaguaron todos estos dolores y malestares? ¿Cuáles fueron sus vertederos? ¿Qué implicaciones profundas y duraderas tuvo todo esto?

Asimismo, ¿sobre qué subsuelo emocional y psíquico surgió la violencia trágica? ¿Por qué no hubo una resistencia a la violencia? ¿Qué puede significar eso? ¿Qué repercusiones tendrá todo este dolor en el tejido social de la segunda mitad del siglo XX, en el orden de los grandes tejedores? ¿Qué otras cosas produjo y activó el desborde colectivo del surco? ¿Qué encontraríamos si repensamos esta herencia desde el punto de vista de los traumas y los conflictos? ¿Qué se hizo con ellos, si la elaboración ha estado bloqueada, en buena medida, por el culto a los gemelos violentos convertidos en héroes fundadores?

Para encontrar respuestas, se requiere de un trabajo más dirigido y preciso en el campo de la historia testimonial; muchas palabras deben haber quedado atascadas en las gargantas de quienes vivieron directa o indirectamente los hechos. Sería muy importante indagar con detenimiento en la vida de la gente de entonces y, en lo posible, ingresar a la intimidad familiar, con todas las dificultades esperables para quien se aventure en ello. Un problema mayúsculo es el de aprender a lidiar con las trampas de la memoria, un tema aquí dejado de lado. ¿Qué se destaca, qué se silencia, cuándo se vivió lo relatado, bajo qué condiciones personales y sociales se da un testimonio?, ¿qué pasa con la fidelidad y la exactitud de lo recordado? Estos son, apenas, algunos de los problemas que aguardan a quien desee internarse por este camino.

La veta testimonial está lejos de agotarse, pero el tiempo corre en contra, por lo menos en relación con las personas

que vivieron todo aquello. Por eso, también, se debe ir más allá de los relatos e intentar sondear otras fuentes.

Entre los vertederos de sufrimiento todavía no explorados en relación con este tema, se cuentan los hospitales. Hay páginas en algunas narraciones que dan una idea de las crueles escenas observables en los hospitales durante aquellos días. Si pensamos en las preguntas anteriores, uno de esos centros importantes para empezar a buscar respuestas es el actual Hospital Nacional Psiquiátrico. Notablemente, en los relatos hay más referencias a las violaciones de mujeres, un tema tabú, que al desquiciamiento mental, real o supuesto; quienes hablan abiertamente de sus días en la cárcel no dicen palabra alguna de un internamiento, anterior o posterior, en el Chapuí.

Comparativamente, nuestro período trágico fue modesto y delimitado. Puede incluso ser considerado insignificante. El episodio central de violencia tuvo réplicas, pero luego cesaron. La segunda realidad no se perpetuó y en esa medida nos libramos de los traumatismos acumulativos relacionados con la violencia recurrente; aún así, no es menos cierto que atravesamos una fase de violencia que definió un antes y un después en nuestra historia y en nuestra institucionalidad y cambió la vida de muchas personas. Sus ondas expansivas siguieron viajando en tiempo e incluso lastimaron a gente entonces no nacida.

Si nuestro caso es aleccionador, no lo es tanto por sus grandes dimensiones, sino justamente por lo que se puede aprender de un suceso muy pequeño y circunscrito, repito, por su aparente poquedad; y sin embargo, con su ayuda, podemos formarnos una idea más concreta y vívida de un aspecto de los abstractamente llamados costos humanos de las tragedias sociales y políticas, de las cuales tenemos noticia todos los días.

Este aprendizaje posiblemente sea útil en otro sentido. Los procesos de des-socialización y desindividualización, propios

de los mimetismos negativos y de las dinámicas trágicas, pueden transcurrir por distintas vías; la violencia política abierta es solo una entre varias formas de violencia, no menos mortales. Existen violencias sin los encuadres mínimos que suelen tener las luchas sociales y políticas, incluso no reconocidas como tales. Considerada esta posibilidad, es importante reflexionar sobre la función del coro en la tragedia clásica, aquel que hacía comentarios y advertencias sobre lo posible y lo previsible. Un ejercicio de introspección sería necesario. Lo siguiente está también escrito con la pretensión de aprender de nuestra propia experiencia.

En los capítulos posteriores me concentraré en un material que ayuda a entender la gestación de aquella segunda realidad. Las razones las he tratado de argumentar; los testimonios son tan solo la punta visible de una masa cuyo volumen desconocemos. Mi intención es aproximarme unos pasos a lo que puedo haber quedado fuera del alcance de nuestra vista, para trascender, cuando menos un poco, las ideas formadas desde las fuentes tradicionalmente empleadas.



ACERCA DEL AUTOR



MANUEL ANTONIO SOLÍS AVENDAÑO. Sociólogo. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) y docente de la Escuela de Sociología, ambos de la Universidad de Costa Rica. Actualmente, coordina el Programa de Investigación interdisciplinario “Culturas, Instituciones, y Subjetividades”, adscrito al IIS.

En este libro el autor continúa y profundiza los temas tratados en *La institucionalidad ajena: Los años cuarenta y el fin de siglo*, también publicado por la Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

La intención de este libro es explorar el conflicto de 1948 desde el punto de vista de sus costos emocionales y en salud mental, y de lo que puede decirnos este episodio de nuestra historia sobre la Costa Rica que tomó forma a mediados del siglo XIX. Los sucesos de 1948 mostraron la eclosión de una agresión maligna, difícil de entender en el contexto de las peculiaridades destacadas de la sociedad costarricense. Solemos hablar de una colectividad que tradicionalmente ha resuelto sus problemas sin violencia y derramamientos de sangre. No obstante, con respecto a esta lectura el año 48, representa un enigma. ¿De dónde salieron las maledicciones irrefrenables que desembocaron en la lucha política y fueron potenciadas por ella? ¿Fue aquello solamente un descarrilamiento excepcional? Todo orden social tiene un costo en sufrimiento humano y este suele aflorar en momentos de crisis o desestructuración. No tenemos por qué ser la excepción. A la vez, los episodios de violencia social dejan heridas y secuelas de mediano y largo plazo, también esto es válido para nosotros. ¿Qué consecuencias pudo tener esto para la Costa Rica de la segunda mitad del siglo XX, y para la forma de convivencia social y política que parece haber llegado a sus límites en el nuevo milenio?

ISBN 978-9968-46-340-9




**Autonomía
Universitaria**
Condición de un pueblo libre

Instituto de
Investigaciones Sociales